

©Armando Bartra

Ésta es una publicación de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad AC.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero
Portada: Esténcil de Argel Gómez a partir de fotografía
de Cartier-Bresson. París, 1968.

1968
EL MAYO DE LA
REVOLUCIÓN

Armando Bartra

Noticia

La revolución de mayo en Francia fue escrito entre mayo y julio de 1968, en el curso mismo de los hechos, y publicado sin crédito autoral dos meses más tarde, en pleno movimiento estudiantil mexicano, por Ediciones Militante, de la Liga Comunista Espartaco. Es, pues, un texto de circunstancias. ¿Por qué exhumar treinta años después un trabajo tan coyuntural?

En primer lugar, por lo que tiene de crónica. El 68 galo es una rebelión legendaria cuya memoria, sin embargo, se agota en *graffitis* memorables: “Seamos realistas, exijamos lo imposible”. El resto son imágenes fugaces de combates en el Barrio Latino, un discurso perentorio del presidente De Gaulle: “La República no abdicará...” y quizá algunos nombres emblemáticos: Daniel Cohn-Bendit —“Dani el rojo”—, Alain Krivine... En un fin de milenio signado por el triunfalismo del capital y el fracaso del socialismo, resulta oportuno repensar los estallidos de rebeldía que hace más de treinta años pusieron en duda las proverbiales virtudes del “mundo libre” y cuestionaron el “milagro económico” de la posguerra.

En segundo lugar, porque constata la fluidez con que se retroalimentaban, ya entonces, los movimientos sociales de todo el mundo. Más que el “internacionalismo proletario” y las redes de iniciados tipo Cominform, son los satanizados medios de comunicación masivos quienes se encargan de globalizar la lucha contra la guerra

de Vietnam y las algaradas juveniles de Japón, Alemania, Italia, Francia y Estados Unidos. El 68 mexicano no es un producto de importación, pero sin duda los dirigentes y muchos activistas estaban al día en formas de organización y lucha gracias a los medios y también a oportunas publicaciones militantes como la que nos ocupa.

En tercer lugar, por ser testimonio de la retórica marxista de los sesenta, que en este texto de transición se entrevera con ideas y fórmulas renovadoras inspiradas por el iconoclasta Mayo francés. Los conceptos interpretativos más que previsibles y el acartonado lenguaje de cliché extenuaron por décadas el discurso de la izquierda y uno de los saldos mayores del 68 fue desalmidonar el pensamiento y el verbo revolucionarios incorporando a Groucho en el canon marxista. Así, la irreverencia sesentaiochera se hizo presente en San Cristóbal de las Casas el primero de enero de 1994 cuando un ominoso encapuchado envuelto en cananas leyó solemnemente ante la televisión la Primera Declaración de la Selva Lacandona, anunciando que el EZLN se proponía “Avanzar hacia la capital del país venciendo al ejército federal mexicano...”, para luego agregar, en el mismo tono: “Está planeado todo hasta la caseta de la carretera de Cuernavaca. Ya ahí no hemos previsto cómo vamos a entrar. Unos dicen que nos quedemos a comer quesadillas en Tres Mariás”. En ese momento el pasmado espectador sabe que no está frente a la última guerrilla foquista sino ante una insurrección inédita y que el encapuchado de la pipa es “cronopio”, no “fama”; no un repetidor de fórmulas cavernosas sino un desenfadado heredero del 68.

Para esta publicación se han sustituido los prólogos, introducciones y posdatas que en la primera edición acreditaban la condición militante del libro por dos textos escritos treinta años después. El primero¹ ubica la revolución de mayo en el contexto internacional, el segundo² reflexiona sobre el 68 mexicano. Ambos dan fe de abismales mudanzas conceptuales y retóricas, pero también, creo, de un persistente ánimo contestatario y de un irremisible optimismo.

Armando Bartra, México D.F. 1998

1. Leído en la mesa redonda “El 68 y la izquierda”, en el ciclo de conmemoración *1968-1998: desde el umbral del nuevo siglo*, el 12 de noviembre de 1998, en la Facultad de Economía de la UNAM.

2. Leído en la mesa redonda “Democracia y política”, en el ciclo de conferencias *Javier Barros Sierra ¡Viva la disidencia!*, en el Auditorio “Simón Bolívar” del Antiguo Colegio de San Ildefonso, el 29 de septiembre de 1998.

SIGLAS USADAS

SDS

Students for a Democratic Society

SDS

Liga de Estudiantes Socialistas Alemanes

UNEF

Unión Nacional de Estudiantes Democráticos

SNDS

Sindicato Nacional de Enseñanza Superior

PSU

Partido Socialista Unificado

CGT

Confederación General de Trabajadores

PCF

Partido Comunista Francés

CFDT

Confederación Francesa Democrática de Trabajadores

UEC

Unión de Estudiantes Comunistas

JCR

Juventud Comunista Revolucionaria

UJC (ML)

Unión de la Juventud Comunista Marxista- Leninista

FER

Federación de Estudiantes Revolucionarios

PCMLF

Partido Comunista Marxista- Leninista de Francia

FGDS

Federación de Izquierda Democrática y Socialista

FO

Fuerza Obrera

FNFA

Federación Nacional Francesa de Agricultores

CIA

Agencia Central de Inteligencia

OAS

Organización del Ejército Secreto

FMI

Fondo Monetario Internacional

UN JOVEN FANTASMA RECORRE EL MUNDO

Catacumbas

En el medio siglo, la “guerra fría” y el azoro paranoico de las “democracias occidentales” ante un “campo socialista” que se ensanchaba sin remedio pusieron a la izquierda revolucionaria en la picota.

En casi todos los países del “mundo libre” el “marxismo ateo” era sañudamente perseguido por una nueva inquisición que satanizaba “ideas exóticas” y quemaba literatura subversiva”; la organización de los comunistas se convirtió en “amenaza roja” y los nuevos anticristos eran crucificados o arrojados a la clandestinidad.

Empujada a las catacumbas, la izquierda militante devino fundamentalista. El ejercicio hermenéutico sobre los textos canónicos del marxismo se erigió en herramienta privilegiada de la cultura revolucionaria y en el aire enrarecido de la ilegalidad florecieron ortodoxias sofocantes.

En nombre de purezas doctrinarias y principios metafísicos, los clandestinos se dividían y subdividían. Era tiempo de sectas excluyentes y “vanguardias” esclarecidas; de direcciones políticas autodesignadas que hablaban a nombre de un “proletariado” siempre remoto y de una “revolución” tan absoluta y fundadora como inalcanzable. ¿De qué otra cosa se puede hablar desde la cárcel, el exilio o las “casas de seguridad”?

1968. El mayo de la revolución

Falta de pueblo, la izquierda marginal se justificaba con coartadas “vanguardistas”. Producto del pensamiento mágico, la “teoría del foco” —sea éste ideológico, político o militar— trataba de sustentar un espejismo revolucionario. Impotentes para impulsar siquiera tangibles remiendos libertarios, los “radicales” se lanzaban a la caza de “reformistas”. Todo lo que no fuera el “programa máximo” eran migajas engañosas y alienantes, meras “caricaturas de revolución”.

A salto de mata, la izquierda ensimismada perdía pie.

En el comienzo eran los jóvenes

A fines de los sesenta cambian los vientos; nuevos actores asaltan el escenario político, la revolución rejuvenece y a la exhausta izquierda le llega su segundo aire.

“Todo era tan intensamente histórico”, decía Marx de los tiempos de la Comuna de París. Y así, intensamente históricos, eran los últimos sesenta: el término de una década, pero también el fin de la “posguerra” y el comienzo de una nueva época.

Eran años de comunas, de Guardias Rojos y Rebeldes Revolucionarios, de Poder Negro, de Comisiones Obreras, de estudiantes Zengakuren, de comités de acción, de oposiciones extraparlamentarias. Tiempos en que el David vietnamita humillaba al Goliat yanqui, en que la frágil “primavera de Praga” desafiaba al coloso ruso, en que el joven podía más que el viejo, el pobre más que el rico, el negro más que el blanco, el débil más que el fuerte. Como dijieran los estudiantes del Barrio Latino durante el Mayo francés: “Millonarios del mundo, uníos. Los vientos están cambiando”.

Y la sacudida era planetaria; una auténtica “revolución mundial”. No por obra de la universalidad de las relaciones de

Armando Bartra
producción capitalistas sino por la explosión de los medios de masas; un “boom” de las comunicaciones electrónicas, vituperado por la intelectualidad progresista, que paradójicamente servía para difundir el mal ejemplo subversivo a lo largo y ancho de la “aldea global”.

El internacionalismo mediático hace de la guerra de Vietnam una causa planetaria, y la rebelión juvenil se desparra por el mundo. La Liga de Estudiantes Socialistas (SDS) de Alemania, presidida por Rudi Dutschke, tiene filiales en los países vecinos, y Daniel Cohn-Bendit, símbolo del Mayo francés, se había fogueado precisamente con el SDS. En Italia los Comités de Acción estudiantiles y obrero-estudiantiles encabezan el movimiento de 1967, que a partir de Turín se traslada a 27 universidades. Y la efervescencia también se siente en Bélgica, en Inglaterra y, con peculiar tesitura, entre la juventud checoslovaca.

Pero la rebeldía se extiende, igualmente, por las entrañas del monstruo mayor; contamina el campus de Berkeley, conmocionado por el Free Speech Movement, propicia la ocupación y defensa de la Universidad de Columbia y culmina en la conformación de Estudiantes por una Sociedad Democrática, el SDS norteamericano. Entre tanto, los jóvenes Zengakuren, izquierda radical del Partido Socialista Japonés, confrontan a la policía y se enfrentan con garrotes a los soldados de las bases yanquis, mostrando que las instituciones heredadas de la segunda guerra mundial ya son historia. En Latinoamérica las movilizaciones estudiantiles y populares cunden en Argentina y en Brasil, en Uruguay ocasionan una crisis política y en México señalan el principio del fin del sistema de partido de Estado heredado de la Revolución de 1910.

A falta de partidos, soviets

Los nuevos vientos izquierdistas no soplan a favor de las camarillas gobernantes que padrotean el “socialismo real” ni inflan las flácidas velas de los partidos comunistas burocráticos. Los protagonistas de la joven revolución de los sesenta son las masas, los pueblos; las proverbiales “bases” de direcciones partidistas inexistentes o esclerosadas. Los movimientos sociales, con todo y su cuota de imperdonable “espontaneísmo”, cobran legitimidad política y académica.

En el Mayo francés la Unión Nacional de Estudiantes, de capa caída después de la guerra de Argelia, no es la vanguardia de los jóvenes galos; al contrario, resucita gracias a la incontenible agitación del Barrio Latino. Así como los Zengakuren no se disciplinan al Comité Central del Partido Socialista Japonés, y el Partido Comunista Mexicano y su Central Nacional de Estudiantes Democráticos aportan cuadros al movimiento del 68, pero no lo encabezan.

En los sesenta se subvierten los dogmas políticos de rai-gambre leninista, que preconizan la preeminencia del partido sobre las masas y del comité central sobre el partido y que conciben la “conciencia de clase” como ingrediente externo del que son portadores los revolucionarios profesionales. La inversión copernicana, se cumple tanto en la práctica como en la teoría: se vive en los campus de Berkeley y Nanterre y en la Ciudad Universitaria, pero también en libros esclarecedores como *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Thompson.

Los pueblos del mundo se empecinan en hacer la historia a su aire y por su propio pie. Y en su afán dejan de lado a los esclerosados actores de siempre: Estados, parlamentos,

Armando Bartra
iglesias, partidos, corporaciones. Los sesenta son años de comunas, brigadas y comités, tiempo de soviets que prefiguran el inminente protagonismo de la hoy llamada “sociedad civil”.

¡Somos un chingo...!

En el “mundo libre” de los cincuenta ser de izquierda era elegir un destino solitario.

Raza errabunda y acosada, los “rojillos” de entonces nos acostumbramos a mirar por encima del hombro, a desconfiar del vecino, a escribir con letra pequeña, a hablar en voz baja. Como el hampa común, los comunistas empleábamos un caló de iniciados, una críptica neolalia que, lejos de proteger, balconeaba. En las “democracias occidentales” del medio siglo los marxistas eran bichos raros, especímenes peligrosos que debían ser erradicados.

Y la soledad es mala compañía. En el aislamiento, el sueño de la razón revolucionaria produce monstruos: integrista, fundamentalismo, fanatismo sectario, mesianismo, martirologio... Señas de identidad de una izquierda forzada a cocinarse en su propio jugo.

Para los que ya éramos “rojillos”, el mayor acontecimiento de los sesenta fue salir de las catacumbas, de los sótanos de la clandestinidad. Pasar de la oscuridad a la luz y darnos cuenta de que no estábamos solos. Marchar al sol por la avenida Juárez gritando “¡No queremos olimpiadas, queremos revolución!”, y descubrir que miles que parecían cientos de miles, que cientos de miles que parecían millones gritaban con nosotros la acelerada pero entrañable consigna.

Supimos, entonces, que no estábamos condenados a la marginalidad, que no era nuestro sino remar contra la corriente, que se podía salir a la calle y gritar las convicciones. Y con el

1968. El mayo de la revolución viento a favor la izquierda se hizo flexible y generosa; se abrió a ideas, prácticas y fuerzas que antes satanizaba. Si podíamos proclamar en pleno Zócalo que creíamos en la revolución y ser coreados por miles de compatriotas, también podíamos ser pacientes y admitir que la revolución no era de ahora o nunca; que la democracia —aún la burguesa— es un escenario deseable; que los seis puntos del famoso Pliego Petitorio eran las libertades políticas posibles aquí y ahora; que habiendo un pueblo en marcha se puede ser plural, tolerante, incluyente; vaya, hasta reformista. Y, ¿por que no?, en la fiesta que también fue el 68 algunos revolucionarios descubrimos que la proverbial lucha de clases no era por fuerza un “valle de lágrimas”, que no siempre hay que sufrir para merecer, que el martirologio es optativo, que ser feliz no es claudicar...

Sin duda, la masacre de Tlatelolco no favoreció el optimismo ni propició la flexibilidad. Formados en la escuela de la represión, algunos revolucionarios descreyeron de las posibilidades liberadoras de los movimientos de masas y apostaron por la guerra.

Pero ésta no es la mayor lección del 68. Los hijos del 2 de octubre y del 10 de junio, los que heredaron el justo rencor y el fundado descreimiento, eran unos cuantos; los otros —la mayoría— escogimos el legado optimista, la lección de las jornadas heroicas, la convicción de que vale la pena jugársela con “los jodidos”, la confianza en que hay flujos y reflujos pero la utopía perdura.

Narodnikis

Las grandes represiones a las huelgas obreras y el enrarecido ambiente político y cultural de los cincuenta fueron caldo

Armando Bartra de cultivo de textos como *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, donde José Revueltas encuentra en la ausencia de un verdadero partido comunista las raíces metafísicas de la desesperanza nacional. En cambio, el saldo libresco de la década siguiente está marcado por alentadoras reflexiones sobre nuestra historia social, como el *Zapata*, de Womack, y *La revolución interrumpida*, de Gilly, pero también por la copiosa obra de Rius, el monero que politizó a dos generaciones de mexicanos.

Después del 68, la preocupación de la izquierda militante por acompañar a los grandes actores sociales sustituye a la vieja obsesión por el “partido de cuadros”, por el cónclave de elegidos y únicos depositarios de la esperanza. En los setenta el ánimo narodniki vence al espíritu bolcheviki y decenas de miles de izquierdistas clasemedios y más o menos ilustrados emprenden una multitudinaria “marcha al pueblo”; decisión de vida que los lleva a fusionarse con líderes y activistas del movimiento obrero, campesino y urbano, a quienes la lucha estudiantil y chilanga del 68 quizá les pasó de noche, pero que años después reciben, de rebote, su influencia política.

Sin la insurgencia popular de la década siguiente, el 68 hubiera sido una conmemoración luctuosa, no un partea-guas histórico. Los obreros movilizados por el activismo de la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana y por el Movimiento Sindical Ferrocarrilero son acompañados por una izquierda política puesta al servicio del movimiento social; la impetuosa insurrección campesina que desalambra latifundios a lo largo y ancho del país es apoyada por cientos de activistas de origen urbano y formación marxista que no se sienten culpables por

1968. El mayo de la revolución marchar junto a los antihistóricos labradores y alentar demandas “pequeñoburguesas” como la entrega de tierras; miles de jóvenes émulos de Herón Proal se suman como activistas a un poderoso movimiento urbano- popular que reverdece los laureles del “inquilinato rojo” de los años veinte.

En el último tercio del siglo la “izquierda social” domina sobre la “izquierda política”, las organizaciones gremiales y de masas adquieren una legitimidad de la que carecen los partidos y la multicitada “sociedad civil” se ensaña con el descrédito del Estado. Saldos del volteón operado en los 68 de todo el mundo.

Civismo a título de suficiencia

Pero la buena política, la que asume la construcción del bien común, es un arte que no puede satanizarse. Y en países como el nuestro, sin tradiciones republicanas ni costumbres democráticas, es también una asignatura pendiente.

La ruptura epistemológica del 68 permitió que la izquierda hiciera una lectura abierta de la experiencia de la Unidad Popular chilena. Descreída de las elecciones a fuerza de inequidades, fraudes y represión, nuestra izquierda radical —y no tan radical— desconfiaba de las urnas. Recelo fundado, pero también inadmisiblemente coartada que servía para soslayar la necesidad que la izquierda tiene de obtener para sus proyectos justicieros el respaldo explícito y verificable de las mayorías. Un aval que se puede alcanzar por propia representatividad o por alianzas, pero que resulta indispensable en la tarea de regenerar de fondo el orden social o, más modestamente, de gobernar o cogobernar.

Acostumbrada a hablar a nombre del pueblo, de las clases trabajadoras o del proletariado —entidades sociales a las que por definición cree representar—, la izquierda marxista había desestimado el valor de los comicios. No sólo después de la revolución —cuando se suponía que salían sobrando— sino como deseable vía de emancipación. El triunfo de la Unidad Popular de Chile y el abrazo santiaguino de Allende y Fidel dan fe de una pluralidad de vías que años antes hubiera resultado más difícil de digerir.

El crimen de La Moneda, como la masacre de Tlatelolco, pretenden clausurar esperanzas. Pero la lección chilena no es la que pretende Pinochet, como la mexicana no es la de Díaz Ordaz, y el encuentro de la izquierda marxista con los comicios es un hito trascendente de la nueva cultura revolucionaria. Un renovado imaginario colectivo donde “reformista” y “electorero” ya no son por fuerza malas palabras.

LA REVOLUCIÓN DE MAYO EN FRANCIA

CAPÍTULO I

EN EL COMIENZO ERAN LOS JÓVENES (DE FINES DE 1967 AL 13 DE MAYO DE 1968)

“La juventud es la fuerza más
activa y vital de la sociedad.”

Mao Tse-tung

Al buscar los antecedentes del conflicto estudiantil que estuvo a punto de desatar la revolución en Francia, podríamos remontarnos probablemente a la huelga general de los 10 mil estudiantes de la Universidad de Nanterre, en noviembre de 1967, movilizados por los problemas de la superpoblación estudiantil, o quizá a acontecimientos más próximos como las manifestaciones del 21 de febrero de este año en París, en las que miles de estudiantes bautizan al Barrio Latino como “Barrio del Vietnam Heroico”. Comúnmente, el comienzo acostumbra localizarse el 22 de marzo, en que miles de estudiantes se manifestaron en Nanterre exigiendo su derecho a participar en política y, después de enfrentarse a los cuerpos de choque del grupo fascista “Occidente”, ocuparon la universidad y fundaron en asamblea general el grupo “22 de marzo”, encabezado por Daniel Cohn-Bendit.

La nueva izquierda estudiantil

Sin embargo, la realidad es otra: el nuevo movimiento revolucionario estudiantil tiene una gestación internacional, no sólo porque responde a situaciones que se presentan más o menos análogas en diversos países, sino también porque comparte experiencias, generaliza formas de organización y lucha, intercambia puntos de vista e incluso intenta coordinar su acción a nivel internacional. El origen y carácter del movimiento estudiantil de los últimos meses en Francia no puede concebirse más que en el marco de la nueva izquierda estudiantil europea y norteamericana, a la que habría que agregar la importantísima experiencia japonesa.

No sólo existe un movimiento estudiantil de carácter internacional y más o menos homogéneo que se extiende fundamentalmente por Europa y se vincula al norteamericano y al japonés, sino que, es evidente, tiene una cierta dinámica propia (independientemente de que no tenga sentido por sí mismo sino sólo en función de su vinculación al conjunto de la lucha de clases y a la revolución) y, más aún, tiene una importancia política e ideológica que los últimos acontecimientos no han hecho más que destacar.

La particular importancia del movimiento revolucionario estudiantil en EU, los países europeos y Japón, todos ellos de alto desarrollo capitalista y de carácter imperialista, se explica por una relativa y temporal "aristocratización" de una parte del proletariado, pero sobre todo por la existencia en muchos de estos países de grandes partidos "comunistas" de masas integrados totalmente a la legalidad parlamentaria y en ocasiones incluso a la propia administración. En estas

Armando Bartra
condiciones, el movimiento estudiantil no sólo constituye una considerable fuerza de la revolución sino que es además un importante baluarte de posiciones revolucionarias y, en ocasiones, un verdadero detonador del movimiento de masas popular y proletario, encajonado dentro de los partidos y los sindicatos integrados al sistema.

El origen y desarrollo de este movimiento relativamente autodinámico, se vincula directamente al ascenso de la revolución en los países dependientes, particularmente, al desarrollo de la guerra de Vietnam y la creciente derrota del imperialismo. Ha recibido también la influencia política e ideológica de la revolución cubana y del movimiento estudiantil latinoamericano, sobre todo en las grandes jornadas antiimperialistas y de apoyo a Cuba de los primeros años de este decenio.

Sin embargo, es el impacto de la guerra de Vietnam y la reacción ante ella lo que va señalando los pasos de la nueva izquierda estudiantil, tanto en el desarrollo del movimiento en los EU, desde las primeras grandes luchas en el campus de la Universidad de Berkeley, encabezadas por el Free Speech Movement, hasta el actual Students for a Democratic Society, y la reciente ocupación y defensa de la Universidad de Columbia, como en su evolución en Europa, desde las manifestaciones de 6 mil estudiantes con banderas del FLN que chocaron con la policía en 1966 en Berlín, y en las que tiene una participación destacada el SDS (Liga de Estudiantes Socialistas Alemanes), hasta las luchas actuales contra las leyes fascistas, en las que participa ampliamente el proletariado y que encabeza un SDS que ya tiene ramificaciones en toda Europa.

Lo mismo podría decirse de los Comités de Acción estudiantiles y obrero-estudiantiles italianos, organizadores del movimiento que se inicia en Turín en noviembre del año pasado y que llega a afectar a 27 universidades; o de los estudiantes zengakuren japoneses, izquierda radical del Partido Socialista, que llegan a enfrentarse armados a los soldados de las bases yanquis y derrotan sistemáticamente a la policía; o de los sindicatos libres españoles o de los estudiantes belgas o de los ingleses.

En todos los casos mencionados hay un desarrollo análogo más o menos lento o acelerado, dependiendo de la capacidad del movimiento para asimilar rápidamente las nuevas experiencias. De una forma u otra, todos han pasado por una fase de lucha contra la guerra de Vietnam, en que las formas pasivas y los *teach-in* juegan un importante papel politizador masivo, fase que pronto se transforma en combates por el triunfo del FLN que toman formas más activas, de lo cual se pasa sin transición a los enfrentamientos violentos con los grupos de choque fascistas como el "Occidente", en Francia, o directamente con la policía.

Al llegar a este nivel la lucha entra francamente a un enfrentamiento con el gobierno, lo cual radicaliza la conciencia política y los objetivos. En cuanto a las formas de organización y lucha, se empieza a desarrollar la guerrilla urbana semimilitarizada. A estas alturas, o el movimiento estudiantil ya ha roto antes sus marcos universitarios y se ha transformado en franco movimiento político vinculado a la clase obrera y al pueblo, o se ve obligado a hacerlo por la propia dinámica de los hechos.

De Nanterre a la Sorbona

Ésta es también la dinámica del movimiento estudiantil francés, si se quiere confuso y caótico, pero considerablemente rico en experiencia asimilada y en antecedentes. El movimiento de *Les Enragés* (Los Rabiosos) que nace el 26 de enero, y el grupo “22 de marzo”, no son entonces organizaciones casuales sin más herencia que los combates de Nanterre. El propio Cohn-Bendit ha estado vinculado al SDS de Rudi Dutschke. Así, cuando el rector cierra el 2 de mayo la Universidad de Nanterre para impedir un *teach-in* sobre Vietnam y Cohn-Bendit es citado ante la comisión disciplinaria, las manifestaciones estudiantiles se extienden como reguero de pólvora. Más de mil 500 estudiantes se ponen en pie y se enfrentan a la policía. Los 200 detenidos y los 20 policías y 30 estudiantes heridos dan idea de la magnitud de los enfrentamientos. El 3 de mayo es la Universidad de la Sorbona la que tiene que ser cerrada por las autoridades.

A partir del día 3, y en ascenso continuo y acelerado, se desarrollan enfrentamientos diarios de estudiantes y policías, hasta que el día 7 se realiza una manifestación de más de 30 mil estudiantes con importante participación obrera. Menos de una semana ha bastado para crear una verdadera situación de emergencia, y el día 8 De Gaulle se ve obligado a tomar cartas en el asunto citando al Consejo de Ministros, que entre otras cosas declara: “las manifestaciones han degenerado en violencias provocadas y explotadas por elementos ajenos a la universidad, el gobierno no puede tolerar tal agitación”. Sin embargo, el mismo día se realiza una manifestación de 20 mil estudiantes y mil 500 de ellos ocupan

1968. El mayo de la revolución el Barrio Latino con gritos de “abajo el degaullismo”. A partir de este momento el movimiento no deja de crecer.

La Unión Nacional de Estudiantes Franceses

Desde el cierre de la Sorbona, la UNEF (Unión Nacional de Estudiantes Franceses) se presenta de una forma u otra como la dirección oficial del movimiento y es ella junto con el SNDS (Sindicato Nacional de Enseñanza Superior), la que establece negociaciones con el gobierno con base en cuatro puntos: liberación de los detenidos, alto a la persecución policiaca, salida de la policía del Barrio Latino y reapertura de la Sorbona. La UNEF no es, sin embargo, más que la dirección aparente y ésta es una de las lecciones más importantes que se desprenden de todo el movimiento.

Después de la guerra de Argelia, en que logró fortalecerse, la UNEF había iniciado un proceso ininterrumpido de desintegración; desde 1961 sus miembros habían disminuido de 100 mil a 45 ó 50 mil mientras el número de estudiantes había pasado de 240 mil a más de 600 mil. En la práctica, era más terreno de debate de grupos políticos que de tendencias sindicales, y su dirección actual, extremadamente debilitada en su capacidad ejecutiva, apenas se sostenía apoyada en los estudiantes del PSU (Partido Socialista Unificado). En esta situación, la UNEF sólo lograba sostenerse a la cabeza del movimiento en la medida en la que actuaba de hecho como un frente político de múltiples tendencias más que como un sindicato estudiantil, y sobre todo en la medida en que desarrollaba —o le era impuesta— una democracia absoluta. “La UNEF cuando el movimiento se desató, estaba casi muerta”, “no es la UNEF la que ha organizado al movimiento, el mo-

Armando Bartra
vimiento se ha organizado a sí mismo”, fueron palabras de oradores independientes pronunciadas el 13 de mayo en la Sorbona, y expresan indudablemente una verdad. En todo el proceso la UNEF no fue más que el portavoz de las tendencias predominantes dentro del movimiento. El movimiento resucitó a la UNEF desde La base y no a la inversa.

La acción en las calles

Los días 10 y 11 de mayo fueron cruciales para el movimiento estudiantil: De Gaulle le ha declarado abiertamente la guerra y las centrales obreras, tanto la Confederación General del Trabajo, controlada por el Partido Comunista Francés, como la Confederación Francesa Democrática de Trabajadores, de tendencia socialcristiana, le niegan el apoyo. El PCF no sólo no está dispuesto a respaldar a los estudiantes sino que, a través de su órgano, *L'Humanité*, los acusa de “aventureros pequeño burgueses” y de “provocadores”. En estas condiciones, el movimiento estudiantil muestra toda su potencialidad y decisión de lucha: las jornadas del 10 y 11 de mayo han pasado ya a la historia de la lucha de clases en Francia. El día 10 en la tarde 25 mil estudiantes recorren París en manifestación pacífica rodeados por una movilización policiaca sin precedente. Al anoecer ocupan el Barrio Latino y en número considerable son cercados por la policía. Los estudiantes, decididos a todo, comienzan a rodearse de barricadas, coches, cercas metálicas, árboles, etc.; todo lo que está a la mano es utilizado. Para aprovisionarse de proyectiles desprenden los adoquines del pavimento recalentado por las hogueras. A las 2:15 de la madrugada del 11, la policía antimotines recibe la orden de ataque. Durante tres horas, barricada tras barricada —y se

1968. El mayo de la revolución construyen más de 60—, los estudiantes se mantienen en una atmósfera impregnada de gases de guerra del mismo tipo de los usados en Vietnam y rodeados de heridos que nadie puede atender. Para las cinco de la mañana quedan sólo algunos grupos que ofrecen una resistencia heroica durante dos horas más. La policía no está acostumbrada a esos métodos de lucha, muy inspirados en los zengakuren, y es sorprendida por la gran movilidad estudiantil. Sin embargo, 5 horas después de iniciado el combate, la primera gran batalla ha terminado. Oficialmente se informa de 567 heridos, pero son muchos más, de ellos 251 policías. Hay 148 vehículos destruidos, las calles del Barrio Latino están arrasadas y la lucha continúa.

El 11 se informa de 468 detenidos y a las 16:15 P.M. 2 mil estudiantes se enfrentan nuevamente a la policía. En toda Francia los combates se multiplican. Hay manifestaciones y toma de facultades en Toulouse, Lyon, Grenoble, Burdeos, Clermont-Ferrand y Nevres. Mientras tanto, en Alemania 2 mil estudiantes se concentran frente a la embajada de Francia en solidaridad. París vive un clima de guerra y la población simpatiza con los estudiantes, les ofrece refugio y comida, se suma a ellos. El gobierno es obligado a retroceder.

La fuerza del movimiento estudiantil

Pompidou, que ha regresado apresuradamente de Afganistán, conferencia con De Gaulle y dirige por televisión un comunicado en que habla de reformas, de liberar a los estudiantes presos y de que el lunes 13 se reabrirá la Sorbona. Por su parte, Séguy y Descamps, secretarios de la CGT y la CFDT, respectivamente, que habían negado repetidamente la solidaridad antes del 10, hoy corren a buscar a los líderes estudiantiles en

Armando Bartra
sus locales para proponerles acción conjunta, después de recibir miles de llamados telefónicos de los dirigentes sindicales de base que no pueden controlar la situación. El primer combate ha conducido al movimiento estudiantil a un gran triunfo y se ha dado el primer paso para romper el aislamiento.

Todo el mundo está sorprendido de la fuerza y la eficacia de los estudiantes en combate. Hasta los periodistas más reaccionarios tienen que reconocer que “los estudiantes resistían y retrocedían paso a paso pero sin huir, luchando siempre”. Todas las acusaciones lanzadas contra los estudiantes, apoyadas en la “tradicción” y el “prestigio” del PCF y la CGT, se han derrumbado para los obreros en pocas horas de lucha y nadie puede impedir la solidaridad. ¿Cómo ha sido posible?

Ante todo, queda claro que no fueron a la lucha simples grupos de choque o pequeños contingentes terroristas militarizados; pero queda claro también que las manifestaciones no fueron nunca simples desfiles de “protestadores” confiados en la legalidad: se sabía a lo que se iba, se iba masivamente y se iba organizado. Algunos párrafos de *L'Express* del 13-19 de mayo revelan todo el secreto: “2 500 combatientes con formación de izquierda familiarizados con los principios de la guerrilla urbana, 2000 estudiantes politizados en sus organizaciones tradicionales, y una masa de 5000 a 10,000 jóvenes, entre ellos 3000 de los liceos, lanzados a la calle por solidaridad”. Una estructuración y composición análogas a éstas es la base del éxito del movimiento zengakuren japonés, o de los combatientes SDS alemanes, por lo menos para enfrentarse a la policía antimotines de tipo europeo.

Si la fuerza no pudo parar el movimiento, menos pueden detenerlo algunas concesiones. La UNEF rechaza las pro-

1968. El mayo de la revolución posiciones de Pompidou —claramente insuficientes incluso en relación a los 4 puntos, pues los estudiantes ya juzgados siguen presos y se mantiene la persecución policiaca— y junto a las ablandadas CGT y CFDT prepara una gran manifestación para el lunes 13 contra la represión. Por su parte, las centrales se comprometen a realizar para el mismo día una huelga de 24 horas. La policía ya no interviene cuando 800 mil personas recorren las calles de París en la manifestación más grande que haya conocido el país desde la segunda guerra mundial. Los obreros y los estudiantes fraternizan, y los “comunistas” del PCF y de la dirección de la CGT son arrastrados, participan a la cola y, en última instancia, contra su voluntad, como lo declaró triunfante Cohn-Bendit haciéndose eco del sentir del movimiento estudiantil en su conjunto.

El mismo día de la gran manifestación se lleva a cabo la huelga anunciada y de 9 a 10 millones de trabajadores suspenden el trabajo. A partir de ese momento los acontecimientos comienzan a salirse del control del PCF y la CGT. Los estudiantes no han podido ser aislados y el “contagio” revolucionario se extiende a todo el movimiento obrero.

El PCF dentro del movimiento estudiantil

Las referencias a un movimiento estudiantil revolucionario, apartado y aun opuesto al PCF, se explican por sí mismas dado el carácter de la juventud y en particular del estudiantado, del que hemos hablado con anterioridad. Sin embargo, esta expulsión del partido “comunista” tradicional del movimiento estudiantil es en Francia particularmente radical y tiene antecedentes concretos.

El PCF no cuenta en la actualidad más que con un pequeño grupo, la Unión de Estudiantes Comunistas (UEC) y carece de la “juventud” que es propia de los partidos revisionistas más o menos importantes de todo el mundo. La propia UEC tiene una historia muy agitada: alrededor de 1961 alcanzó cierta fuerza gracias a mantener una gran autonomía en relación al PCF, propiciando el debate e inclinándose hacia las tesis del PC italiano de un revisionismo más elaborado e “inteligente”; su periódico, *Claridad*, publicado en aquellos años, es expresión de esta tendencia. Sin embargo, el Partido emplea toda su “autoridad” para aniquilar aún esta relativa independencia; las presiones económicas y administrativas (financiamiento y distribución del periódico) se ponen a la orden del día y cuando no bastan se pasa a las expulsiones y consecuentes escisiones. En la actualidad, la UEC y su periódico, *Nueva claridad*, sostienen estrictamente la idea del partido “contra el agravamiento de las condiciones de vida y de trabajo de los estudiantes” y, consecuentemente, están totalmente marginados del verdadero movimiento estudiantil político y revolucionario. Esto basta para explicar el verdadero terror que siente el PCF ante un movimiento estudiantil que le es del todo ajeno.

La noche de la libertad

La ocupación de la Sorbona se llevó a cabo la noche del 13 de mayo, el mismo día de la gran manifestación, y los locales fueron abiertos a la población, en particular a los “obreros y trabajadores”. En los salones se discutió desde los problemas de la universidad hasta los problemas políticos más generales; “La universidad crítica”,

1968. El mayo de la revolución “Las luchas obreras y las luchas estudiantiles”, son algunos de los temas. La misma escena se repite en Nanterre y en casi todos los locales universitarios del país. En la Sorbona, de una gran asamblea general democrática surgen los siguientes acuerdos: se proclama que la universidad es autónoma y popular, se acusa a la policía de usar gases de guerra y se exige la dimisión del jefe de policía de París y del Ministro del Interior Fouchet, se declara que la lucha estudiantil y la lucha obrera son idénticas, se demanda que la TV francesa dé una hora de su tiempo a los estudiantes y se aprueba el boicot general a los exámenes.

Los cuatro puntos de la UNEF, aún sostenidos en la mañana, han sido ampliamente superados; el movimiento como un todo no rebasa aún, ni puede objetivamente hacerlo, la lucha por reformas; sin embargo, no hay ninguna confianza en el gobierno, ningún espíritu peticionario en las exigencias y, sobre todo, la declaración que se refiere a la unidad de la lucha obrera y la lucha estudiantil señala la línea fundamental que de ahora en adelante seguirá el movimiento.

Para el día 15, la ocupación de los locales y los debates del tipo de los de la Sorbona se están realizando en las facultades de Letras y Ciencias y en las Escuelas Superiores de Nancy, en Rennes, en Grenoble (donde los estudiantes visitan las fábricas), en la Facultad de Ciencias de Burdeos, en Clermont-Ferrant, en la Facultad de Letras de Aix, en Lyon, en Poitiers, en Estrasburgo.

Los “grupúsculos”

A pesar del éxito y del entusiasmo, éste es otro momento crítico para el movimiento. Temporalmente suspendidos los en-

Armando Bartra
frentamientos con la policía y las manifestaciones que habían mantenido la unidad de acción y profundizado al máximo el debate político e ideológico en todos los niveles, la perspectiva de una nueva situación análoga a la de la UNEF en el pasado, trabada por las luchas entre los grupúsculos y en permanente dispersión, es una terrible amenaza. Entre las tendencias que participan en el debate y que en el pasado se han trenzado en luchas inmovilizadoras, destacan los llamados grupúsculos.

Juventud Comunista Revolucionaria, escindida en 1966 de la UEC, vinculada al trotskismo del grupo Frank, fundamentalmente influida, sin embargo, por las posiciones de la revolución cubana; publica el periódico *L'Avant-Garde*.

Unión de la Juventud Comunista (marxista-leninista), escindida también en 1966 de la UEC, de orientación maoísta, ha publicado la revista teórica *Cahiers Marxistes-Leninistes* y su órgano actual es *Servir le Peuple*.

Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER), fundada en 1961 como comité de enlace de estudiantes revolucionarios por miembros de una organización trotskista, el grupo Lambert; publica la revista mensual *Revoltes*.

Comités Vietnam de Base, fundados en 1967 a partir de la UJC; no son propiamente un grupo político sino comités de acción orientados a la defensa del FLN de Vietnam; organizan manifestaciones y acciones comando; publican *Victoire pour le Viet-nam*. Finalmente, hay que considerar algunos grupos anarquistas, a los estudiantes del PSU (Partido Socialista Unificado) y al UEC, del PCF.

Los Comités de Acción

Con este panorama parece casi inevitable una lucha por la hegemonía a nivel de grupos que debilite la acción. Sin embargo,

1968. El mayo de la revolución en la “Noche de la Libertad” en la Sorbona aparece un factor esencialmente nuevo que revoluciona toda la situación; la base estudiantil movilizaba toda la semana anterior y la juventud obrera que se le une se colocan en primer plano. Los grandes debates y las grandes asambleas de la Sorbona no se reducen, ni mucho menos, a los representantes de grupos o de corrientes; participan en ellos decenas de miles de elementos de base, militantes o independientes. La organización se crea desde abajo y los grupos más sensibles y los mejores dirigentes saben entender la situación. Cualquier membrete creado por “acuerdos” entre grupos o personas está destinado a fracasar. Es necesario desarrollar al máximo la democracia y estimular las iniciativas políticas y orgánicas que surgen de la base. No se trata, en primer lugar, de crear una sola organización artificialmente centralizada sino de desarrollar al máximo la creación de organismos de acción en la base, en todas las universidades y liceos, en todas las fábricas, en todos los barrios populares, alentando su iniciativa y coordinando su acción con un mínimo de principios y tareas. No se trata tampoco de que los grupos políticos se diluyan. Por el contrario, su capacidad y dirección política es fundamental. Sin embargo, sus formas de operar no pueden ser ya los “acuerdos” y las “maniobras”. Se trata de expresar y materializar sus puntos de vista entre la base, de apoyarse en la democracia y buscar la hegemonía de la posición justa a través del movimiento y no por encima de él. Así, Cohn-Bendit es mucho más que un dirigente político; es la expresión misma del movimiento. Todas las descripciones coinciden en destacar su increíble capacidad para escuchar y estimular las opiniones de base, y él mismo

Armando Bartra declara: “No soy ni un jefe ni un revolucionario de profesión, soy simplemente un portavoz, un megáfono”.

La fundación, el 14 de mayo en la madrugada, del Comité Revolucionario Estudiantil de ocupación de la Sorbona tiene una importancia histórica. Desde muchos puntos de vista puede ser considerado como la creación de una verdadera comuna, de una organización tipo soviét, de una primera expresión de la auto-organización de las masas cuyo desarrollo acelerado y permanente la conducirá, para el 27 de mayo, a transformarse en un verdadero “Estado emergente” dentro del Estado burgués paralizado. Por iniciativa propia, o por la influencia del “generador” que es el Comité de la Sorbona, comienzan a formarse Comités de Acción en todo el país tanto estudiantiles como obreros, campesinos y de composición mixta, y para el 16 el hecho se transforma en consigna: el Comité Revolucionario Estudiantil llama a que la clase obrera ocupe las fábricas y forme consejos obreros.

Para el día 25 existen más de 400 Comités de Acción, apenas a nueve días de haber sido consigna. Teóricamente, deben agrupar de 10 a 30 pero en realidad casi todos son numerosos. Han sido creados para discutir problemas políticos y profesionales, pero sobre todo para la acción. Para esas fechas su programa es simple: derrocamiento del régimen degaullista, tránsito al socialismo, democracia directa, acción en la calle. En un comunicado de los Comités de Acción se lee:

algunas quieren utilizar la crisis universitaria
para obligar al gobierno a reformas
universitarias, otros queremos transformar

nuestras facultades reconquistadas en base de acción hacia el exterior... Nosotros debemos utilizar las facultades conquistadas como base roja en donde se organice el movimiento, de donde partan los grupos de propaganda a los barrios populares.

Los objetivos de los Comités son la agitación en su medio profesional o urbano utilizando exposiciones de fotografías, periódicos murales, distribución de propaganda, mítines en lugares públicos, grupos de discusión en las calles, etc. En ello participan militantes de grupos de izquierda a título personal y no como representantes oficiales de su organización, aunque nada impide que expongan y defiendan sus puntos de vista. Sólo la Federación de Estudiantes Revolucionarios trotskista, se niega a participar en ellos y busca crear una organización propia.

La incipiente revolución francesa parece haber encontrado su forma de organización de masas: los Comités de Acción. Toda su fuerza reside fundamentalmente en ellos y al mismo tiempo su debilidad se expresa también allí, tanto en su incapacidad para romper totalmente la organización vertical de las centrales institucionalizadas, como sobre todo en la ausencia de una dirección política centralizada, surgida de ellos pero deslindada como férrea vanguardia política, como instrumento cualitativo del más alto nivel. Ninguna de las organizaciones revolucionarias, como el Partido Comunista Marxista-Leninista de Francia, y ninguno de los grupúsculos estudiantiles es capaz de asumir este papel. Existen los soviets, sin embargo ni existe ni es capaz de cristalizar a tiempo

el partido. Como dice Cohn-Bendit: “la dificultad está en encontrar a los bolcheviques”.

En la primera fase del movimiento que hasta ahora hemos analizado y podemos considerar superada a partir del día 13, éste se reduce casi totalmente al estudiantado, y a pesar de su magnitud e importancia, la crisis política que genera no es indudablemente una crisis revolucionaria. La revolución no está a la orden del día desde el punto de vista social, y sin que esto signifique que están excluidos los planteamientos que se orientan al derrocamiento del Estado, el hecho es que estos no pueden ser aún consignas de acción sino de preparación.

La crisis de la educación francesa.

En todo este período, las cuestiones académicas juegan un papel de extraordinaria importancia y la crisis de la educación es un factor condicionante del estallido junto a los determinantes políticos que ya hemos examinado. Bástenos recordar que uno de los antecedentes mencionados fue la huelga general de los 10 mil estudiantes de Nanterre por el problema de la superpoblación estudiantil y que uno de los planteamientos del 13 de mayo en la Sorbona es el boicot general a los exámenes.

La educación francesa se caracteriza, ante todo, por su masificación, por una verdadera explosión demográfica del sector estudiantil que en 10 años —desde 1958 a la fecha— ha pasado de 170 mil a 602 mil. Por otra parte, únicamente la mitad de los que inician una carrera la terminan, porcentaje elevadísimo en relación con los índices de otros países europeos. Estos dos fenómenos no son, por cierto, casuales: el desarrollo económico y tecnológico francés exige una enorme masa de cuadros científicos, técnicos y ad-

1968. El mayo de la revolución ministrativos, y, en las condiciones del capitalismo, el exceso de oferta la superproducción de cuadros, es benéfica para la clase dominante en tanto que aumenta la competencia y permite reducir los salarios de profesionales y semiprofesionales hasta niveles similares al de los obreros calificados y aun inferiores. La expresión más aguda de esta situación se presenta en las carreras de “Humanidades” como Derecho, Letras, Filosofía, etc., con un raquíto campo de ejercicio profesional. Baste señalar que de 58 ofertas de trabajo a diplomados en un día, 51 exigían carreras técnicas, científicas o comerciales y sólo 3 buscaban licenciados en derecho, letras, etc. No es casual entonces, a más de los factores políticos, que éstas hayan sido las facultades más explosivas.

Otra característica de la educación francesa es el riguroso y burocrático proceso de selección. En cuanto al aspecto directamente clasista, sólo 12.6% de los estudiantes proviene de familias obreras (frente al 30% de Inglaterra). Sin embargo, la selección se desarrolla sobre todo como un proceso de eliminación en que los más altos niveles, extremadamente reducidos en número, constituyen una élite que tiene automáticamente garantizado el ingreso a puestos clave de la administración pública y privada. Tal es el caso de los titulados de las “grandes escuelas” como la Escuela Nacional de Administración y la Escuela Politécnica. Para hacer esto posible existe un monstruoso proceso de exámenes de selección, tan absurdamente complejo que requiere más esfuerzo que la enseñanza propiamente dicha, y tan arbitrario y anticientífico, que la principal preocupación del estudiante consiste en prepararse para estos exámenes de tipo memorístico que apenas le dejan tiempo a la verdadera formación. Todo esto se

Armando Bartra complementa con un paternalismo absurdo y una total incomunicación entre maestros y alumnos (algunos maestros han denunciado tener más de mil 200 en una sola clase).

En estas condiciones nada más explicable que el levantamiento masivo estudiantil no sólo de la capa más politizada sino incluso de los más amplios sectores de base lanzados a la política por una situación académica inadmisibile. Pero esta crisis de la educación no basta por sí sola y es necesario que haga crisis el sistema en su conjunto. La agitación política que el movimiento estudiantil genera, tarda poco en poner en pie al proletariado revolucionario, y las contradicciones propias de su situación económica y social se encargan de lanzar al combate no sólo a la vanguardia politizada sino a la clase en su totalidad. Este proceso se desarrolla aceleradamente a partir de la huelga general de 24 horas del lunes 13 y se transforma, para el 18, en huelga general netamente política.

CAPÍTULO II
LA IRRUPCIÓN DEL PROLETARIADO FRANCÉS
(DEL 13 AL 18 DE MAYO)

El movimiento estudiantil forma parte del conjunto del movimiento popular. Su ascenso impulsará inevitablemente el ascenso de todo el movimiento popular.

Mao Tse-tung

La solidaridad obrero-estudiantil

Después de la gran manifestación de 800 mil personas en París y de la huelga general de 24 horas que obligan a De Gaulle a retirar a la policía, liberar a los estudiantes y reabrir la Sorbona, el PCF, la CGT y la CFDT consideran que todo ha terminado, afortunadamente ha terminado. El “contagio” de “su” movimiento obrero con los “provocadores” y “granujas” estudiantes, que el lunes 13 de mayo fue inevitable, debe suspenderse. Apagada la molesta lucha de clases, el partido y las centrales pueden seguir con su tranquila vida institucional. Sin embargo, las masas ya se han puesto en pie y han visto su fuerza; se necesita algo más que un puñado de revisionistas para obligarlas a arrodillarse de nuevo. Para el 14 de mayo la Sorbona y la mayor parte de las universidades del país

1968. El mayo de la revolución siguen ocupadas, se exigen ahora las renunciaciones del jefe de la policía, de los ministros del Interior y de Educación, así como la del rector de la Sorbona. Como diría la camarilla revisionista de la URSS, los estudiantes comienzan a “ir demasiado lejos en su oposición al régimen”. Pero además de exigir las renunciaciones, otro de los acuerdos del 13 comienza a desarrollarse impetuosamente: “la lucha obrera y la lucha estudiantil son una sola”, y los Comités de Acción estudiantiles se lanzan a las fábricas y a los barrios.

La fábrica aeronáutica Soud- Aviation, en Nantes, con 2 mil obreros, tradicionalmente considerada por el PCF y la CGT como echada a perder por el maoísmo, es la punta de lanza. El 14 los obreros no regresan al trabajo, como es la consigna de las centrales; regresan sí la fábrica, pero es para apoderarse de ella y declarar huelga y ocupación indefinidas hasta que no se les disminuyan las horas de trabajo sin disminución de salarios. En los locales de la industria discuten de política obreros y estudiantes.

A partir de este hecho, el torrente se vuelve incontenible incluso en las fábricas consideradas como “seguras” por la CGT. Para el 16 ocupan sus locales y se declaran en huelga indefinida los 25 mil obreros de la Renault en Cleon, los 11 mil de la Renault en Flins, los 45 mil de la Renault en Creon, así como las Renault en Sandouville y Le Mans; se suman además obreros de la UNELEC, de motores eléctricos, y de la Sociedad de Aguas Termales de Contredeville. La huelga afecta también a los 12 mil obreros de las fábricas de camiones Berliet y el Sindicato Nacional de la Cámara de Comercio lanza una orden de huelga de 24 horas para el 21 de mayo. Los estudiantes, por

Armando Bartra
su parte, siguen extendiendo su ocupación del Barrio Latino y toman posesión del Teatro Odeón, en cuyo frontispicio se iza la bandera roja. En un esfuerzo por difundir el movimiento a través de los medios masivos de difusión, establecen enlace con los técnicos de la Torre Eiffel para que hagan funcionar Radio Sorbona y lanzan el mismo llamado al personal de la radio y televisión francesa, ante cuyos locales se proponen realizar una manifestación el día 17.

De Gaulle, en un desplante de seguridad y desprecio por la crisis política que vive el país, ha salido a Rumania (sin embargo, pronto se arrepentirá regresando apresuradamente antes de la fecha prevista). En su ausencia, el Ministro de Información, Georges Gorse, se ve obligado a reconocer la gravedad de la situación y a lanzar una nueva amenaza al movimiento. En un comunicado por la red estatal de radio dice: "Si la cuestión de la reforma universitaria fuera a convertirse en pretexto para sumir al país en el desorden, el gobierno estará en la obligación de mantener el orden público y proteger a todos los ciudadanos sin excepción contra los excesos y la subversión". Sin embargo, evidentemente no se trata de un "pretexto" sino de algo mucho más profundo, y para el 17 la huelga y ocupación de fábricas desarrollada al margen de los sindicatos y las centrales, por iniciativa de la base, se extiende a más de 300 mil trabajadores y afecta fábricas de automóviles y camiones, aeronáuticas, textiles, siderúrgicas, astilleros, tráfico aéreo, ferroviario y trenes urbanos.

La quiebra de las centrales obreras tradicionales

El PCF, la FGDS (Federación de Izquierda Democrática y Socialista, que preside Mitterrand) y el PSU (Partido Socialista

1968. El mayo de la revolución Unificado, al que pertenece Mendes-France), así como las centrales tradicionales CGT, CFDT y la pequeña FO (Fuerza Obrera del PSU), han sido nuevamente superados por el movimiento; sus esquemas tradicionales de parlamentarismo y economismo no funcionan ante este levantamiento espontáneo de los obreros más jóvenes y menos deformados por la estructura vertical de los sindicatos. Durante tres o cuatro días ninguno define una posición clara y sólo después y con dificultades son capaces de admitir el hecho consumado. En particular, el PCF y la CGT están aterrorizados y a la defensiva; los que se autocalifican “los más consecuentes opositores de De Gaulle”, el partido de la “revolución” y su central sindical, son contradictoriamente los más afectados por un movimiento que amenaza desatar en serio la revolución. La CGT se esfuerza infructuosamente por frenar el movimiento, se opone a la manifestación ante la radio y televisión francesa, pues quienes la proyectan no pueden pretender hablar en nombre de los trabajadores: naturalmente, a nombre de los trabajadores sólo pueden hablar de ellos, sus representantes por mandato divino. Por una verdadera ironía de la historia, estos acontecimientos coinciden con el viaje a la URSS de Benoit-Françon —Secretario General de la CGT—, que acaba de recibir en Moscú el “Premio Lenin de la Paz”. Lenin debe estarse removiendo en su tumba.

Los consejos obreros y la unidad obrero-estudiantil sigue desarrollándose a pesar de la CGT. Cuando 3 mil estudiantes marchan desde París a las fábricas Renault de Billancourt con banderas rojas y gritos de “De Gaulle asesino”, “De Gaulle, renuncie”, se encuentran con las puertas de la fábrica cerradas por los dirigentes sindicales: todos los carteles

Armando Bartra
que pueden leerse alertan contra los “izquierdistas aventureros”. Sin embargo, estudiantes y obreros hablan durante tres horas a las puertas de la fábrica.

Finalmente, hasta el 17 de mayo, la CGT realiza una reunión de su Comité Confederal Nacional presidida por el premiado Benoit, y a partir de ese momento el PCF y la CGT comienzan a intervenir más francamente en el movimiento luchando por... disuadir a los estudiantes de marchar sobre la radio y televisión francesas e impedir el “contagio” de los obreros. La línea es reducir el movimiento de huelga a las demandas económicas y sindicales, cerrarle el paso a toda política que no sea sindical y a toda acción que se salga de los cauces tradicionales. Las consignas son: “La clase obrera es adulta, no necesita tutores” (*L'Humanité*) y contra “toda injerencia externa en la conducción de las luchas obreras” (CGT).

Un hecho se impone desde ese momento: todo el sistema sindical francés y en particular la CGT, con mucho la más poderosa de las centrales, ha comenzado a quebrar ante la presión incontrolable de la base. Indudablemente, no se trata de que todos los obreros hayan abandonado la CGT, ni mucho menos de que la gran mayoría del proletariado francés repudie el sistema sindical imperante. Se trata simplemente, y esto es decisivo, de que el sector de vanguardia del proletariado, la capa más avanzada de obreros jóvenes y combativos, ha roto con la CGT, la CFDT, la FO y el sindicalismo tradicional, y bajo su influjo y dirección espontánea la gran masa trabajadora está poniéndose en pie. Las centrales no han perdido aún su base, un gran sector de trabajadores atrasados o deformados por una larga tradición de economismo “sensato” y de lucha “disciplinada” se mantienen dentro de ellas; pero aun para

1968. El mayo de la revolución conservar a estos las centrales se ven obligadas a sumarse al movimiento de huelga, intentando solamente conservarlo en su nivel más rebajado y peticionario. Al lado de la gran masa que se mantiene en las centrales, lo mejor de la clase, organizado en Comités de Acción y en contacto con los estudiantes, impone el ritmo de la lucha y de hecho traza la dirección central del movimiento.

En toda esta fase las demandas obreras eran esencialmente económicas y sindicales, de la misma manera que en la primera etapa del movimiento estudiantil fueron de gran importancia las exigencias académicas. Típicas de la clase de demandas del momento son las planteadas por los obreros de la Renault de Flins, Cleon y Sandouville, que reclaman retorno a las 40 horas de trabajo sin rebaja de salario, ampliación de las libertades sindicales y democráticas y salarios no inferiores a mil francos. Sin embargo, está claro que si bien no se trata aún masivamente de una huelga política, la cuestión del gobierno empieza a ponerse a la orden del día en los sectores avanzados del movimiento y cada vez más las masas están siendo lanzadas a la política.

Fracaso del "neocapitalismo" francés

La destrucción de un mito desde su más profunda raíz ha comenzado. No sólo se derrumba todo un esquema sindical; está cayendo destrozada toda una concepción de la sociedad, toda una serie de teorías sobre un sistema económico "neocapitalista". Junto con los planes de De Gaulle de hegemonía europea, están siendo barridas también las tesis de numerosas corrientes seudomarxistas, tanto las de aquellos que ven en un supuesto neocapitalismo la perspectiva de refor-

Armando Bartra
mas estructurales, mejoramiento económico, control obrero de la producción y finalmente tránsito pacífico al socialismo, como las de aquellos que consideran que la clase obrera no es ya revolucionaria, que su aristocratización social le impide levantarse contra el Estado y el sistema y que la revolución sólo puede provenir de otros sectores. De una u otra forma, estas tesis revisionistas consideran al proletariado “integrado al sistema” y a partir de esto, o se plantean trabajar dentro del sistema para que “evolucione” hasta el control proletario y el socialismo, o pretenden buscar al margen del proletariado, e incluso al margen de las clases, una fuerza capaz de subvertir el orden existente.

Los acontecimientos de Francia han demostrado falsa la tesis de que en los países que se benefician de la explotación imperialista puede desaparecer el antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado. En las metrópolis la “aristocratización” de un sector del proletariado es un hecho relativo que se derrumba paulatinamente con el ascenso de la revolución mundial. El llamado “neo-capitalismo” no implica una perspectiva de desarrollo económico democrático, de “Estado de bienestar”, sino más bien, si algún sentido tiene el término, este régimen se aproxima al de dictadura fascista.

¿Por qué en la “Francia de De Gaulle”, en la V República, con decretos de participación de utilidades como la Enmienda Vallon y bajo la tesis de “participación” que implica, según De Gaulle, que al proletariado “le sea atribuida por ley... una parte de lo que el negocio (*sic*) gana”, 10 millones de obreros se levantan en pocos días en una huelga económica sin paralelo en la historia? ¿Por qué en la Francia del “democrático” De Gaulle, que se considera a sí mismo “revolucionario”, y en la que el

1968. El mayo de la revolución referéndum está a la orden del día, una huelga económica se transforma en política y, mientras se grita “De Gaulle asesino”, 10 millones de trabajadores rechazan las reformas?

En lo esencial, el “neocapitalismo” o la “tercera solución”, como gusta llamarlo De Gaulle, no es, para la gran burguesía monopolista francesa, más que un intento de sobrevivir a la crisis que implica la segunda guerra mundial, a la catástrofe que representa la revolución en las colonias y a las dificultades de la competencia en sociedad con el imperialismo norteamericano.

De una forma u otra, la segunda guerra mundial significó para el imperialismo una importante restricción del mercado y un nuevo reparto del mismo; por otra parte, para los países europeos tuvo como consecuencia una “reconstrucción” que suponía un control e influencia mayores de los EU. Finalmente, Francia se ha visto afectada de manera especial por la revolución en la periferia y la pérdida total de las colonias (Vietnam) o el paso a un colonialismo más difícil (Argelia). En estas condiciones, se le impone a la burguesía monopolista francesa la necesidad de contar con un capitalismo de Estado poderoso y un gobierno “fuerte” y altamente centralizado. De Gaulle acepta el reto.

En Francia más de 50% de la producción total del país proviene de industrias nacionalizadas; el gobierno controla 80% del transporte y 80% de los recursos energéticos; es dueño de más de la mitad de las líneas aéreas y posee 30% de la industria automovilística, y, en estas condiciones, el gobierno de De Gaulle logra que el Producto Nacional Bruto aumente a más del doble de 1958 a 1967, pasando de 49 a 108 billones de dólares. La tasa de crecimiento llega a sobrepasar el

7% en los primeros años de la década del 60. Por otra parte, se logra aumentar considerablemente las reservas de oro y mantener por mucho tiempo subvalorado el franco, y con ello asesta fuertes golpes al dólar y a su hermana menor, la libra. Con el Mercomún Europeo, Francia consigue un relativo reacomodo de las fuerzas dentro del imperialismo mundial, obstaculizando en cierta medida la hegemonía norteamericana e impidiendo, hasta ahora, el ingreso de la cuña yanqui que representaría Inglaterra. Todo esto, dentro de un esquema de intervencionismo de Estado que pretende sustituir la anarquía propia de la competencia capitalista por la planificación que está en manos del ya famoso “Comisariado del Plan” y eliminar a los políticos como elementos de decisión económica para sustituirlos por “técnicos desinteresados y objetivos”.

En lo político, De Gaulle prácticamente redacta de nuevo la Constitución francesa, dándole al país un presidente poderoso provisto de un arsenal de poderes de emergencia. La Asamblea Nacional se ve reducida a una casi total impotencia y el sindicalismo francés, ya de por sí débil, pues sólo 1 de cada 6 trabajadores está sindicalizado, es manejado en forma paternalista hasta restarle toda capacidad seria de presión. La lucha sindical normalmente se reduce a las palabras y cuando se llega a la huelga ésta es más bien simbólica y de cortísima duración.

Sin embargo, todo esto es posible no precisamente acompañado de un mejoramiento en las condiciones de vida del proletariado francés, ni mucho menos unido a un proceso de democratización y “participación” del proletariado y la “izquierda” en las decisiones políticas. Todo lo contrario: es la dictadura unipersonal y despótica de De Gaulle y, a través

1968. El mayo de la revolución de él, de la gran burguesía monopolista, y es la miseria creciente del proletariado y el pueblo lo que hace posible este “milagro”. Los precios al consumidor han aumentado en 39% desde 1958, los salarios obreros están por debajo de los de cualquier otro país del Mercomún, excepto Italia. En la actualidad el desempleo es el más alto de los registrados desde los días de la depresión: más de medio millón de hombres se encuentran desocupados. El desarrollo extremadamente desigual de la industria francesa determina que la mayor parte de las fábricas utilicen una técnica atrasada y exploten al máximo la mano de obra; sin embargo, el pequeño sector de alto desarrollo tecnológico y con un proletariado supuestamente privilegiado, dentro del que destaca la Renault, fue de los primeros que se vieron afectados por la huelga. A todo esto hay que agregar el aumento de las cuotas de seguridad social y la reducción de los beneficios rechazada el último verano para cubrir el déficit presupuestal.

El análisis de una de las últimas medidas “obreristas” de De Gaulle desenmascara e ilustra la esencia de este “régimen de participación”. La Enmienda Vallon, que establece participación de utilidades para los obreros fue, como casi todas las medidas gaullistas, impuesta a nivel de gabinete sin participación del parlamento y mucho menos de los sindicatos. Aunque pudiera parecer que beneficia a los trabajadores, veamos cuál es la realidad. La ordenanza se aplicará a partir de 1969 a todas las empresas de más de 100 obreros y repercute en 4.9 millones de personas, pero con la modalidad de que la participación es en “los beneficios” y estos se calculan de tal manera que muy pocas fábricas resultan con “beneficios” que repartir, pues se calcula que 1 de cada 5 obreros

Armando Bartra
está empleado en una fábrica que en términos fiscales pierde dinero. Sin embargo, aun los que obtengan algo lo recibirán en “acciones”, “obligaciones” o “bonos de inversión”, o sea que la “participación” obrera en los beneficios estará automáticamente invertida en los negocios de los capitalistas que obtendrán de ella ganancias. Finalmente, lo entregado por la compañía como participación de los beneficios a sus empleados no será considerado al determinar el monto de los impuestos. Esto es, sin lugar a dudas, una verdadera muestra de “capitalismo popular”.

Si la situación económica y social de la clase obrera francesa se ha visto deteriorada por la política degaullista, la de los campesinos y trabajadores de la agricultura es peor aún, pues las necesidades de intercambio comercial entre los países del Mercomún han obligado a los productores agropecuarios a establecer precios competitivos muy por debajo de las posibilidades reales de la agricultura y la ganadería francesas. Esta situación se manifiesta en toda su agudeza en las regiones más atrasadas, como la de Bretaña, en que las condiciones de miseria han provocado ya en el pasado una serie de movimientos populares.

A pesar de esta política de “austeridad” y “ahorro”, es decir de explotación y miseria, la gran Francia de De Gaulle se está derrumbando y no sólo por la acción de las masas sino también por las contradicciones internas que el “neocapitalismo” debía solucionar. El año pasado la tasa de crecimiento que había llegado al 7% se redujo al 3.5%, la balanza comercial se ha vuelto desfavorable y una serie de contradicciones se ensañan con el “milagro francés”. El propósito de mantener estable la reserva de oro para los fines de la política monetaria

1968. El mayo de la revolución frente al dólar choca con las necesidades crecientes de inversión que obligan a hacer uso de las divisas. Por otra parte, el gran éxito del Mercomún se vuelve contra su creador, pues la apertura de las fronteras al comercio intereuropeo, que opera sobre todo después del Tratado de Roma y que se profundizará aún más a partir del primero de julio, en que desaparecerán los aranceles que quedaban, entra en contradicción con el recurso fundamental de la famosa “planificación”, que consistía en el proteccionismo a las empresas francesas y la limitación, por medio de aranceles, de la competencia europea. Esto contrae el mercado interno y hace entrar en crisis a una planta industrial relativamente atrasada como la francesa. Baste señalar que Alemania Occidental tiene una capacidad de producción 70% mayor a la de Francia en construcción mecánica, 90% en siderurgia y 200% en plásticos.

Éstas son las entrañas del “neocapitalismo”, éste es el modelo de sociedad que ilusionó a los revisionistas de toda Europa con la perspectiva de “participación” y “reformas estructurales”. Ésta es la Francia que, como De Gaulle alguna vez dijo, “he llevado a cuestras... durante años”, y que ahora amenaza aplastarlo junto con un puñado de oportunistas recalci-trantes y todos sus espejismos.

En estas condiciones de opresión política y explotación económica que afectan tanto a la clase obrera como al campesinado y a la pequeña burguesía, nadie puede dudar de que existe en Francia una situación nacional favorable para la crisis revolucionaria, y es evidente que no ha estallado antes, entre otras cosas, por la política oportunista y mediatizadora practicada por el PCF y la CGT. La crisis de mayo que se inicia en la educación se ha extendido pronto a todo el sistema y la

Armando Bartra
misma dinámica de los hechos que ha conducido a la ampliación constante de la huelga, solidaria primero, y solidaria y económica después, la transforma en pocos días en una huelga general de carácter político.

CAPÍTULO III
LA HUELGA GENERAL POLÍTICA
(DEL 18 AL 27 DE MAYO)

Todo movimiento en que la clase obrera se presente como clase en contra de las clases dominantes e intente imponérseles por presión exterior, es un movimiento político.

Carlos Marx

La incorporación del campesinado

La huelga y ocupación de fábricas se ha extendido, para el 18 a más de 100 establecimientos y sigue creciendo. Pero un factor más importante viene a sumarse a la situación crítica. El movimiento no se ha reducido a París y las grandes ciudades: la provincia ha participado con un sorprendente impulso revolucionario (hecho decisivo para configurar la crisis nacional si consideramos que la mitad de la población francesa vive en poblaciones de menos de 2 mil habitantes) y el campesinado comienza ahora a sumarse organizadamente a la lucha.

En la región Bretona, que abarca 9 departamentos (provincias) y extremadamente atrasada, se habían realizado ya en los primeros días del movimiento estudiantil extensas movilizaciones de masas. El día 8 de mayo los sindicatos de agricultores, unidos a las centrales obreras y a los estudiantes y maestros, invitaron a sus afiliados —1 millón 200 mil asala-

1968. El mayo de la revolución riados y 600 mil agricultores— a declararse en huelga y “salir a la calle”. En 20 ciudades casi 2 millones de obreros, campesinos, estudiantes, funcionarios, comerciantes y marineros, abandonaron sus ocupaciones y participaron en manifestaciones callejeras bajo el lema de “el Oeste quiere vivir”, “pan y trabajo”, etc. Sin embargo, el atraso de la región determina que el contenido de la lucha sea extremadamente limitado; en última instancia, se trata de pedirle al gobierno mayor atención a los problemas de la región, al desempleo, a las dificultades de agricultores y ganaderos para vender sus productos, al éxodo de jóvenes, etcétera.

Cuando el movimiento se desarrolla con la participación masiva de la clase obrera industrial esta situación explosiva en las provincias hace crisis en un nuevo nivel. El día 17, la Federación Nacional Francesa de Agricultores, anuncia una manifestación para el 24 de mayo buscando una reglamentación europea que regule los precios de la carne y la leche; para el 23, las exigencias son ya de 10% de aumento a los productos agrícolas, y para el 24 la protesta, que abarca a más de 2 millones de campesinos, se transforma en un vasto movimiento en que se apoderan de granjas y unidades agrícolas y exigen una revolución popular. En Nantes, la Plaza Royale, de la que están posesionados, es rebautizada como Plaza del Pueblo.

Naturalmente, este movimiento campesino tiene un desarrollo desigual. En la mayor parte del país, donde la FNFA tiene el control, las demandas y los objetivos son más conservadores. No obstante, en Nantes y Rennes el nivel de la lucha es considerablemente superior porque allí la iniciativa está en manos de Comités de Acción formados por campesinos, obreros y estudiantes. Con estos Comités comienza a repetir-

Armando Bartra
se ahora en el campesinado el mismo proceso de autorganización y rompimiento con las centrales que antes se desarrolló en el movimiento obrero; pero, lo que es más importante, con los debates y las luchas de Nantes y Rennes comienza a desarrollarse socialmente la alianza obrero-campesina, bajo la influencia y orientación de las corrientes políticas más avanzadas y revolucionarias.

La política del proletariado revolucionario

Del 19 al 23 de mayo la huelga se generaliza hasta paralizar a todo el país. Los 2 millones de obreros parados el 19 se transforman en 6 millones para el 20, en que las centrales —¡al fin!— proclaman la huelga general. Son 8 millones para el 21 y 9 millones para el 23. En estas condiciones, el movimiento se transforma objetivamente en una gran huelga política que tiene en su centro la cuestión del carácter del gobierno y el Estado y todas las corrientes involucradas, desde el gaullismo hasta el proletariado avanzado, pasando por la FGDS, el PSU y el PCF, tienen que establecer su posición en relación con el problema del poder definiendo con ello su carácter de clase. Es en estas condiciones cuando la dictadura burguesa muestra su verdadero carácter y en estas disyuntivas es donde los oportunistas se desenmascaran plenamente y las corrientes revolucionarias se deslindan y definen.

La *actitud* proletaria revolucionaria se muestra socialmente en el hecho mismo de la huelga general, y se pondrá de manifiesto sobre todo el 27, con el repudio general a las concesiones y reformas regateadas por los dirigentes de las centrales. Sin embargo, mucho más difícil es la cuestión de encontrar una política proletaria, un esbozo siquiera de direc-

1968. El mayo de la revolución estratégica y táctica capaz de señalar el camino. La expresión más importante de esta línea, no tanto por su claridad como por su origen en la base misma del movimiento, son los acuerdos de las asambleas de los Comités de Acción. El 19 de mayo, los delegados de 148 comités de acción —mayoritaria aunque no exclusivamente estudiantil— celebran una asamblea con miras al derrocamiento del régimen y a la constitución de un amplio movimiento revolucionario, en la que, además de organizar la coordinación, se señalan los lineamientos para dar apoyo a los obreros. No está de más recordar que el programa de los comités señala de hecho un objetivo estratégico: el socialismo; una tarea inmediata: derrocamiento del gaullismo, y un instrumento de organización y lucha para lograrlo: la democracia directa y la acción en las calles. Toda la riqueza y toda la miseria de la estrategia y la táctica proletarias que el movimiento logró sintetizar en auténtica vinculación con las masas, están aquí. En última instancia, las palabras de Geismar del Sindicato de Enseñanza Superior, el día 27 en un estadio de París, aplaudidas por más de 35 mil personas no van más allá: “la revolución está en marcha irreversiblemente... no se negocia con los patronos, se les combate... nuestra meta no es un cambio de gobierno, es hacer la revolución”.

La formulación más compleja de una línea esencialmente revolucionaria surgida del movimiento la encontramos en las declaraciones de Cohn-Bendit; sin embargo, no podemos determinar el grado de difusión masiva que logró alcanzar esta posición, pues se trata de una entrevista de prensa publicada en Alemania. Resumámosla, sin embargo:

En París la situación puede ser definida verdaderamente como pre-revolucionaria... Objetivo inmediato transitorio de la situación actual: obligar a través de una fuerte presión desde abajo a marcharse al viejo y al partido a tomar el poder con la izquierda... el partido no tiene muchas ganas de tomar el poder en esta situación... Un frente popular pondría en movimiento un proceso de clarificación extraordinariamente positivo: las masas acabarían por comprender de qué parte están las burocracias sindicales y las de los partidos obreros tradicionales, y una alternativa a la izquierda del PCF podría formarse más fácilmente.

—Periodista: ¿Conque un frente popular para separar a las masas del partido?

—Cohn-Bendit: Sí... La existencia del partido es una realidad objetiva, no puedes decidir de un día para otro eliminarla... Nuestra tarea está en hacer consciente el salto que hay entre las declaraciones del partido y su política, en realidad reformista. Con las luchas de los últimos días hemos dado pasos enormes.

Probablemente la mayor virtud de este análisis, además del hecho de que plantea claramente el carácter revolucionario de la situación y la necesidad de trazar una línea orientada a la toma del poder, reside en la justa apreciación de la correlación de fuerzas dentro de las masas. Es un hecho que el partido y las centrales tradicionales son aún una fuerza decisiva, es un hecho que la línea burguesa de los revisionistas no ha sido, ni con mucho, expulsada totalmente del movimiento y de las masas, y, consecuentemente, es una tarea fundamental e inmediata impulsar el deslinde, obligar al partido a desenmascarar más ampliamente su política.

Sin embargo, la principal debilidad del análisis de Cohn-Bendit —que en realidad es en otro sentido la mayor debilidad del movimiento— es la inconsecuencia con que se plantea el derrocamiento de De Gaulle, que en esas condiciones significaba el principio del fin de la gran burguesía monopolista francesa. “Una fuerte presión desde abajo”, como medio, es sin duda un planteamiento insuficiente; en última instancia, expresa la confianza de las masas en la burguesía en el poder y la incapacidad para admitir que “el viejo”, antes de “marcharse”, recurrirá al Ejército y a todas sus armas de última instancia, y que las masas deben estar preparadas para hacerle frente en este terreno y derrotarlo. Esta misma debilidad para juzgar la política del enemigo gran burgués y la estrechez de sólo plantearse el cambio de gobierno y no proponerse seriamente el derrocamiento del Estado, conduce a sobreestimar la posibilidad de que el PCF y la izquierda sean obligados a tomar el poder: está claro que ante la radicalidad de De Gaulle estos correrán como conejos. Sin embargo, todo esto sólo se pondrá en evidencia en una etapa posterior, en el periodo que va del 27 al 30 de mayo, en cuyo análisis tendremos que volver sobre el asunto.

No debemos sorprendernos ni tampoco debemos malinterpretar el hecho de que las posiciones más próximas a la línea proletaria surjan en organismos de composición predominantemente estudiantil, o que sean formuladas por dirigentes universitarios. Es evidente que el movimiento estudiantil se ha escindido, y no en el sentido de la división que debilita sino como un desdoblamiento político que lleva a un sector a superar su revolucionarismo universitario y a transformarse en revolucionarios en general, en elementos de una

Armando Bartra
incipiente vanguardia más o menos reconocida, más o menos
consecuente, de la clase obrera y toda la sociedad.

El hecho de que esta vanguardia política extraordinariamente joven sea de origen casi exclusivamente estudiantil no hace más que poner de manifiesto la terrible enajenación a la que el PCF ha sometido al proletariado y constituye uno de los aspectos más débiles del movimiento. Por la misma razón, esta política está impregnada de deformaciones ideológicas y el mismo Cohn-Bendit, que ha hecho un análisis bastante serio de la situación, se declara “anarquista-marxista” (¿?) y se opone a la dictadura del proletariado por estar en contra de todo autoritarismo. Estas inconsecuencias, subproducto de la crisis de la supuesta ortodoxia de los revisionistas, no pueden ser, sin embargo, el criterio para juzgar si una corriente, en un momento dado, representa o no las posiciones del proletariado revolucionario, de la misma manera que las deformaciones proudhonianas y blanquistas no impidieron que la Comuna de París fuera proletaria.

La política de la gran burguesía monopolista

La política de la burguesía monopolista francesa frente a este gran movimiento, poco definida hasta el 18 de mayo, adquiere mayor claridad cuando el gobierno es amenazado. Ese día De Gaulle tiene que olvidarse de guardar las apariencias y regresa apresuradamente de Rumania. El “gran” De Gaulle que tantas veces había dicho que “sin mí todo se habría venido abajo”, se encuentra con que todo, incluyéndolo a él, se está derrumbando.

Desde el 11 de mayo la represión ha tenido que suspenderse totalmente, pues la fuerza del movimiento es ya mucho más poderosa que las armas de primera instancia del gobierno burgués: la política antimotines ya no basta y, ade-

1968. El mayo de la revolución más, el día 24, después de los nuevos choques del 23, la Unión Interfederal de Policía que agrupa al 85% de los agentes del país, emite un boletín en el que expresa su simpatía por los obreros en huelga y solicita que “no nos opongan a los trabajadores ni nos utilicen para reprimir a los estudiantes en sus luchas y reivindicaciones”, amenazando con no cumplir las órdenes en caso contrario.

El gobierno se enfrenta a dos tipos de enemigos. Por una parte, un antagonista que después de todo es burgués y no aspira más que a lograr algunos cambios dentro del sistema y, sobre todo, lucha dentro de los cauces y con los instrumentos propios del régimen imperante, y por otro, con una amenaza nueva mucho más terrible: las primeras manifestaciones de la política proletaria, intransigente y radical, que se opone al sistema como un todo y que abandona los cauces institucionales y recurre a otros instrumentos de lucha. El primero incluye al PCF, la FGDS, el PSU, la CGT, la CFDT y la FO, es un enemigo conocido y fácil de derrotar; pero el segundo es una fuerza nueva e imprevisible que no acepta las reglas del juego y que todavía asestará nuevos golpes a De Gaulle, hasta transformarlo en un pequeño dictador vociferante escondido tras el ejército.

En esta situación, De Gaulle define una política con dos caras. Por una parte, aceptar, por el momento, todas las demandas y reformas, abrir el camino a todo tipo de negociaciones, debates parlamentarios, plebiscitos, etc.; en otros términos, abrir todas las válvulas de escape que disminuyan la presión popular que amenaza con hacer estallar el sistema. Por otra parte, al mismo tiempo, se trata sobre todo de reprimir cualquier intento de enfrentarse al régimen y al sistema

Armando Bartra desde posiciones de fuerza y al margen de la manejable vida institucional. El primer resultado de esta política debe ser dividir aún más al enemigo, colocar claramente en el campo del orden a todo lo burgués y aislar a todo lo proletario, facilitando primero la eliminación de la amenaza más peligrosa para pasar después a deshacerse del enemigo secundario.

Esta política, como era previsible, tiene éxito con los oportunistas y la izquierda tradicional, que le tienen tanto miedo a las masas como al propio De Gaulle y que por sí solos ya se habían encauzado por el camino del “orden”, pero fracasa frente a la oposición radical de las masas que con esto consiguen librarse aún más de las ilusiones en sus falsos dirigentes y en los caminos parlamentarios, al extremo de que, del 27 al 30 de mayo, De Gaulle se ve de nuevo acorralado por un proletariado intransigente e irreductible que rechaza las migajas que le ha ofrecido.

El 22 de mayo Pompidou se dice dispuesto al diálogo con los sindicatos y a las reformas universitarias con una sola condición: que sus reivindicaciones profesionales “no disimulen segundas intenciones políticas o insurreccionales”. De Gaulle declara el 24 que “el primer deber del Estado es asegurar pese a todo la existencia elemental del país, así como el orden público. Sin ninguna duda hay que modificar estructuras, es decir, [hacer] reformas [pero se trata de evitar que] rodemos a través de la guerra civil, hacia las aventuras y las usurpaciones más odiosas y ruinosas”, y anuncia un plebiscito para el mes de junio. En estos pronunciamientos se muestra con claridad la doble política de ofrecimientos reformistas y represión; pero es la práctica la que mejor nos muestra ese doble aspecto.

El 22 se crean los Comités de Defensa de la República, fuerzas de choque anticomunistas que se declaran dispuestas a combatir el “desorden y la anarquía”. El mismo día 22, grupos derechistas dirigidos por el excandidato a la presidencia Tixier-Vignancour, invaden el edificio de la Ópera ocupado por los huelguistas y queman banderas rojas; al ser expulsados declaran que no podían permitir “que los comunistas se apoderen del país”. El mismo día, después del éxito parlamentario de De Gaulle al obtener el rechazo del voto de censura en la Asamblea Nacional, y habiendo sido rápidamente aceptados por las centrales los ofrecimientos de Pompidou de negociar, el gobierno se siente con fuerza suficiente para reanudar la represión directa prohibiendo el reingreso al país de Cohn-Bendit, que ha salido a Alemania.

El 23, los 6 mil estudiantes que realizan una manifestación en protesta por la represión a Bendit, se ven por primera vez en once días atacados por la policía con un saldo de 50 heridos. De Gaulle confía en que ya ha aislado a los revolucionarios y, en efecto, la CGT y el PCF se niegan a apoyar la lucha. Pero ha menospreciado la fuerza del movimiento. Cohn-Bendit declara que entrará y tiene el apoyo de los estudiantes alemanes. La UNEF denuncia la política de De Gaulle, ahora claramente al descubierto: “al mismo tiempo propone un diálogo de negociaciones [y realiza] los primeros intentos de represión”. El 24, avanzan sobre la Bastilla 20 mil hombres y comienzan a levantar barricadas. La CFDT y el PSU se han tenido que sumar a los Comités de Acción obrero-estudiantiles y a la UNEF contra la policía. Se lucha también en Lyon y en Nantes, el saldo es de 2 muertos y más de mil heridos. En Estrasburgo, el llamado Puente de Europa entre Alemania

Occidental y Francia, es ocupado por los estudiantes: en el centro del puente constituyen un Consejo Universitario Internacional y cuando son atacados por la policía se trasladan al lado alemán de la frontera. El mismo día se desarrollan las manifestaciones y ocupación de granjas y unidades agrícolas, en las que participan 2 millones de personas. El 26, en Burdeos, se levantan barricadas frente al Palacio de Justicia y durante 8 horas se combate con la policía; las informaciones oficiales indican 60 policías heridos, dos de ellos graves.

Está claro que la línea de “acción en las calles” se está llevando a la práctica. A pesar de la cada vez más franca oposición del PCF y la CGT, sumidos en el parlamento y las negociaciones, la política de fuerza y acción directa continúa, hasta la gran manifestación ya imposible de reprimir del 27 y que culmina con un mitin de más de 30 mil personas en el Estadio de Charlety.

El fracaso de la política de De Gaulle frente a la intransigencia de las masas, a pesar de su éxito con el PCF, la CGT y la izquierda, se expresa en toda su magnitud con el rechazo general a las concesiones. Dos hechos sintetizan toda la cuestión: el 28 de mayo, pese a todos los esfuerzos policíacos, Cohn-Bendit está en Francia y concede entrevistas de prensa en la Sorbona; el 29, De Gaulle abandona el Eliseo, sale de París y, escondido tras el Ejército, se oculta unas horas en su finca. El 25 Pompidou tiene que reconocer que: “el país se vio anoche ante un intento de desatar la guerra civil”.

La política del PCF y de la “izquierda” tradicional

Entre las dos grandes fuerzas en lucha (la intransigencia revolucionaria de las masas, con las posiciones del proletariado

1968. El mayo de la revolución avanzado a la cabeza, y la burguesía monopolista, representada por De Gaulle y su gobierno) se encuentra, comprimida y arrastrada, una tercera posición: el PCF, la izquierda tradicional y las centrales sindicales, que expresan en esta fase todo su espíritu conciliador, toda su impotencia en momentos de deslinde. Después de estos combates nadie puede dudar que su lugar está con el “orden”, con la Asamblea Nacional, con el régimen, y de ninguna manera con el pueblo en las barricadas.

Desde el día 16 de mayo, ya desatada e incontenible la ocupación de fábricas, los políticos de parlamento habían comenzado a traducir a su lenguaje de Asamblea Nacional y elecciones los acontecimientos de la lucha de clases. Ese mismo día, Mitterrand —ex-candidato a la presidencia, jefe de la Federación de Izquierda Democrática y Socialista, propugnador del “socialismo en libertad” y demagogo profesional— comienza a ejercitar su oratoria pidiendo la dimisión del gobierno de Pompidou y elecciones generales. Para el 18 es Capitant, de la “izquierda degaullista”, el que siente que el barco se hunde y se apresura a reacomodarse anunciando que: “Es mi deber de parlamentario intentar que el gobierno caiga”. El 19 es Mendes-France, ex primer ministro y diputado del PSU, el que habla de que el actual gobierno “sólo puede prestar un servicio al país: marcharse”. Ante estas declaraciones, el PCF comienza a considerar seriamente que en la Asamblea Nacional hay condiciones para un reacomodo político que le permita participar en un nuevo gobierno y Waldeck Rochet —secretario general— declara llegado el momento de prever la constitución de un gobierno popular y de unión democrática, señalando que el PCF “está dispuesto a tomar todas sus responsabilidades”.

Veamos qué entiende el PCF por “tomar todas sus responsabilidades”, qué es para él un “gobierno popular de unidad democrática” y cómo se propone derrocar a De Gaulle e instaurar tal gobierno. El PCF hizo todo lo posible en los comienzos del movimiento estudiantil por frenarlo y desvirtuarlo calificándolo de “aventurero” y “pequeño burgués”, y después de que se vio obligado a participar en la huelga general del 13 de mayo y en la gran manifestación, ha centrado todos sus esfuerzos, a través de la CGT y *L'Humanité*, en impedir que, bajo el influjo de los estudiantes revolucionarios y de la base de obreros jóvenes, la huelga indefinida y la ocupación de fábricas se desarrolle; sin embargo, para el 17 y ante el hecho consumado de la huelga general económica y solidaria, y ante su transformación en huelga política, se ve obligado nuevamente a aceptar el hecho y a trazar su propia disyuntiva política.

Su objetivo, un gobierno popular y de unidad democrática, no es más que una ilusión fundada en el espejismo de las “reformas estructurales”, el “tránsito pacífico” y la “ocupación” del aparato del Estado. La concepción marxista de la destrucción del aparato burocrático militar del Estado burgués, es sustituida por la ocupación paulatina de los ministerios y la administración; la expropiación de la burguesía se presenta como la simple aprobación de ciertas reformas por una Asamblea Nacional de “unidad democrática”. El gobierno será “popular” y conducirá al socialismo porque en él participará el PCF, y será de “unidad democrática” porque incluirá a la momia política que es Mendes-France y al demagogo Mitterrand, y probablemente al centrista anticomunista Duhamel e incluso a Capitant, degaullista pero de “izquierda”. ¡Qué vergonzosa deformación del marxismo! ¡Qué triste pa-

1968. El mayo de la revolución pel político el de estos revisionistas de segunda! Seguramente, en este hilo de ideas, la dictadura del proletariado resultaría equivalente al gobierno unipersonal de Waldeck Rochet.

Pero abandonemos las ridículas ilusiones y veamos la táctica del PCF en toda su concreción, pues es en ella que se expresa su verdadero carácter. Su línea de acción está claramente dividida en dos grandes aspectos: en cuanto a las masas, toda su lucha se reduce al trabajo sindical de la CGT y a un economismo de demandas “sensatas”, rebajado y pusilánime, y en cuanto a la política propiamente dicha, todo se centra en el parlamentarismo y las alianzas “inteligentes” y “flexibles” con todo tipo de organizaciones dispuestas a agruparse en la Asamblea Nacional o a sumar votos en las elecciones. La unidad entre estas dos líneas de acción cristaliza en las elecciones, donde los parlamentarios buscan el apoyo de las masas y el prestigio sindical puede capitalizarse en votos para la alianza en turno.

La Confederación General del Trabajo

En sus dos aspectos, parlamentarismo y economismo, la política del PCF es de claudicación. La CGT, su punta de lanza entre las masas, se esfuerza por mantener la huelga general en el nivel más bajo de las demandas económicas procurando impedir el contacto con los estudiantes y prohibiendo la acción en las calles: el argumento es que se podría propiciar la intervención policiaca, precisamente en los momentos en que la represión se ha tenido que suspender por la fuerza y combatividad de las masas movilizadas!

El 20 de mayo se logra el acuerdo entre las centrales, que se ven obligadas a proclamar la huelga general. La plataforma

Armando Bartra
que éstas establecen está muy por debajo del nivel que ha alcanzado masivamente el movimiento:

La huelga general que se inicia es con el fin de que el gobierno opere los cambios fundamentales en la política económica y social y en su actitud en cuanto a las libertades sindicales y democráticas... Es preciso que el gobierno tome decisiones importantes para mejorar las condiciones de vida y de trabajo y que atienda las demandas justas de los trabajadores.

Nada importa que los 148 comités de acción que se han reunido un día antes se planteen el derrocamiento del régimen: nada importa que en las manifestaciones el grito del día sea “De Gaulle asesino”, “De Gaulle caiga”; nada importa que desde hace algunos días se esté difundiendo la consigna de “huelga insurreccional”; nada importa, incluso, que el PCF y toda la izquierda se plantee ya desde hace 3 días la caída del gobierno por medio de un voto de censura. El papel de los sindicatos es la presión económica y en ese nivel deben quedar sus demandas, la política es cuestión de los partidos y de la Asamblea Nacional. La labor contrarrevolucionaria de la CGT llega al extremo de que el mismo día en que se proclama la huelga general “convence” a los trabajadores de luz y gas... para que sigan trabajando.

Sin embargo, como el PCF necesita utilizar para su comercio parlamentario la mercancía de la huelga general que tiene que presentar a su modo como huelga política, calificándola de “vasto movimiento que tiende a la eliminación del gobierno y el régimen degaullista”, la CGT admite hacer un planteamiento político y definir su posición ante la cuestión

1968. El mayo de la revolución del poder: “Si desapareciera el actual gobierno, presentaríamos con igual firmeza las demandas a su sucesor”. ¡Es imposible concebir un economismo más rastrero y miserable!

Sería falso afirmar que la CGT no emite declaraciones políticas y que no tiene una línea en ese terreno: indudablemente la tiene y es profundamente reaccionaria, delatora e incluso anticomunista. El mismo día que se fundan los Comités de Defensa de la República como fuerzas de choque anticomunistas y que bandas fascistas ocupan el edificio de la Ópera, la CGT alerta contra el “aventurerismo” y el izquierdismo “provocador”. Toda la podredumbre de los dirigentes de la central sindical del partido —y recordemos que el secretario general acaba de recibir el premio Lenin de la Paz en Moscú— se pone de manifiesto frente a la primera medida de la nueva oleada de represiones que se inicia el 22. Cuando se anuncia la prohibición de que Cohn-Bendit regrese al país, Seguy de la CGT, declara ante todo, dándose su lugar puramente sindical, que no le compete “comentar una decisión gubernamental”, pero sin embargo termina comentándola: “Parece que las advertencias que hicimos antes de que el primer ministro hiciera alusión a que este individuo [Bendit] pertenece a una organización internacional [subversiva, declaró Pompidou], tienden a confinarse. Nosotros continuamos alertando contra toda tentativa de provocación”. No sólo la central de los “comunistas” se permite “alertar” contra Cohn-Bendit porque pertenece a una organización “internacional” y “subversiva”, sino que parece enorgullecerse de haberlo denunciado antes que Pompidou y objetivamente admite con alegría la prohibición de que entre al país. ¡A qué extremos puede llevar el miedo a la revolución y a los revolucionarios!

El PCF, por su parte, apoya estos planteamientos en su periódico *L'Humanité*, que comenta las declaraciones de Cohn-Bendit en Alemania: "La clase obrera de nuestro país levanta firmemente la bandera roja y la bandera tricolor, reconcilia la Marsellesa y la Internacional... Las manifestaciones en favor de Cohn-Bendit no provocan más que división, desviación, provocación." Ante este nacionalismo cómplice del gobierno, que hoy recurre a la defensa de la "patria", ante el peligro que representa el "alemán" Cohn-Bendit, ¡qué bien suenan las declaraciones de este "aventurero"! "Para nosotros no existen más que las banderas de la clase obrera. Nosotros no reconocemos ninguna nación. Nosotros estamos con la lucha de la clase obrera en todos los países".

Con esta línea ya no es una sorpresa que el PCF y la CGT se opongan a participar y condenen las manifestaciones y las barricadas con que día tras día se expresa, del 23 al 27, la vitalidad del movimiento. Incluso los claramente burgueses FGDS y PSU, así como las centrales CFDT y FO, se ven obligados a sumarse a los Comités de Acción y a la UNEF, intentando después capitalizar esta falsa radicalidad. (No olvidemos que el PSU tiene influencia en la dirección de la UNEF y su destino y posibilidades de sobrevivir están en mantenerse vinculado al movimiento estudiantil.)

La actividad fundamental de la CGT se orienta, desde el 25, a participar en las negociaciones emprendidas por las tres principales centrales, el gobierno, el patronato y observadores campesinos. En sólo 3 días, los "representantes" de 10 millones de obreros en huelga llegan a un acuerdo satisfactorio para ellos, interesados como están en terminar cuanto antes con el movimiento.

La crisis a la que esta línea de claudicación lleva a la CGT se expresa, sobre todo, en la pérdida total de los elementos de vanguardia que pudieran quedar en sus filas y en el abandono masivo del proletariado avanzado. Sin embargo, también en los niveles de dirección del aparato de la propia central hay elementos honestos que la abandonan y la denuncian. M. Barjonet, secretario del Centro de Estudios Económicos de la CGT, viejo luchador sindical y teórico marxista, escribe esto en su renuncia:

Pero ahora que 10 millones de trabajadores, de estudiantes y de franceses de todas las condiciones participan en el más grande movimiento popular que nuestro país haya conocido jamás, tengo que proclamar mi convicción de que es posible ir más adelante, avanzar hacia el socialismo y por lo menos abatir el régimen degaullista. No se ha respondido a la aspiración profunda de los obreros y de los estudiantes, a los que no se ha querido comprender. Las grandes formaciones sindicales y políticas que se llaman de la clase obrera y de la izquierda han contraído una responsabilidad histórica a la que me es imposible asociarme por más tiempo.

El cretinismo parlamentario

Por su parte, el sector parlamentario del PCF, ha tomado también “todas sus responsabilidades”. Desde el 18 de mayo, en que se plantea un nuevo gobierno popular y de unión democrática, se ha dedicado desesperadamente a perseguir a los demócratas que deben unirse. Su primer objetivo es la FGDS de Mitterrand con quien busca establecer un programa común de gobierno; mientras éste, poco interesado en compro-

Armando Bartra meterse con el PCF, busca más bien un acuerdo con Mendes-France, del PSU, a quien le ofrece la presidencia provisional a la caída de Pompidou para que organice elecciones generales, en las que Mitterrand tiene cifradas todas sus esperanzas de excandidato derrotado.

Cuando el 20 de mayo Lecanuet, del grupo centrista pide la renuncia de De Gaulle y el FGDS de Mitterrand acepta una reunión de “alto nivel” con el PCF, todo parece ir a las mil maravillas para la izquierda en las alturas de la política parlamentaria, y es tal el entusiasmo del PCF que lo que hace unos días se planteaba como la caída de Pompidou ahora ya se concibe como la “eliminación del gobierno y el régimen degaullista”.

Las armas se afilan, todo se prepara para el golpe mortal que derrocará a De Gaulle —y hemos de suponer que a la gran burguesía monopolista francesa, pues “abrirá las puertas al socialismo”. Se miden las fuerzas, se organizan los contingentes. El ariete principal lo constituye la unión de la FGDS con el PSU y el PCF; sus paladines son Mitterrand, Mendes-France y Rochet; las fuerzas de apoyo: el grupo centrista y la “izquierda” degaullista encabezados por Lecanuet y Capitant; el terreno de la lucha: la Asamblea Nacional; el golpe decisivo: el voto de censura.

El 21 de mayo se inicia la Asamblea Nacional. Al comienzo de la sesión, el “paladín” Rochet, lleno de entusiasmo, urge poner fin a 10 años de régimen degaullista, porque “ya no satisface las demandas de la hora” y se apresura a declararse listo para participar en un gobierno que abra la vía al socialismo. Sin embargo, las cosas comienzan a ponerse mal cuando toma la palabra el centrista Jacques Duhamel, quien se limita a pedir cambios en los métodos y política del gobierno, expre-

1968. El mayo de la revolución sando su negativa a participar en un gobierno de tipo “frente popular” y pidiendo un equipo gubernamental sin distinción política “con excepción de los comunistas”. Pero cuando René Capitant, el degaullista de “izquierda” que había ilusionado a todo el mundo con su “deber como parlamentario de luchar por la caída del gobierno”, dimite de su cargo como diputado para evitarse tener que apoyar a la oposición, aquello es un completo desastre. Los “paladines” se retiran en desordenado repliegue, se reconsidera la correlación de fuerzas, se abandonan los ambiciosos objetivos. La “traición” de los centristas y de la “izquierda” degaullista ha impedido asestar el golpe decisivo en el que depositaban todas sus esperanzas, y Waldeck Rochet, agotado por la lucha, desalentado y con la derrota pintada en el rostro, declara que “desde que habló el señor Duhamel ya no pienso en la aprobación” (del voto de censura). En unas cuantas horas ha cambiado todo el panorama, no cabe duda que hay minutos en que se sintetizan 20 años, y los minutos de la intervención del “señor Duhamel” fueron de esa clase. A nadie le importa —y probablemente nadie ha tenido tiempo de enterarse— que del 21 al 22 de mayo los huelguistas han pasado de 8 a 9 millones y la huelga sigue creciendo; éstas son pequeñeces frente a la “traición” de Capitant y la intervención de Duhamel.

Todo el absurdo del cretinismo parlamentario ha hecho crisis en unas cuantas horas, y en unos días más, con el rechazo masivo a los acuerdos de las negociaciones, quebrará del todo también el economismo miserable de la CGT. La línea del PCF ha quedado al descubierto en toda su claudicación y oportunismo; pero aún habrá de esperar más de un mes para contemplar su derrumbe electoral, la última de las grandes vertientes de la política del partido.

Aprisionado entre el proletariado revolucionario y el gobierno de la gran burguesía monopolista, el PCF ha desnudado su carácter de clase. Su línea y su práctica no son, evidentemente, la expresión del proletariado. En el mejor de los casos, y en épocas de paz, el PCF representa los intereses de la pequeña burguesía; sin embargo, en momentos de auge de la lucha de clases su política se ha definido claramente como expresión de la conciliación pequeñoburguesa, pues la propia pequeña burguesía revolucionaria está con el movimiento y se propone derrocar al gobierno. Su base social es esta misma pequeña burguesía conciliadora, sobre todo de los pequeños municipios, y el proletariado atrasado, cuyos intereses inmediatos pretende defender. El proletariado medio, que en épocas de paz puede expresarse en sus demandas económicas dentro de la CGT, la abandona en la práctica y se suma al proletariado avanzado en los momentos de lucha; en días de gran conmoción como el 27 de mayo, cuando el rechazo masivo de las concesiones, sólo la aristocracia obrera, el pequeño sector corrompido —y ese sí integrado al sistema— se mantiene fiel a la CGT. La gran tragedia del PCF es que la propia pequeña burguesía, con su espíritu conciliador, se suma a la gran burguesía en momentos de crisis si ésta actúa con energía, y así, el PCF, marcado por su “participación” en el conato de “guerra civil”, es abandonado incluso por muchos sectores pequeñoburgueses cuando De Gaulle alza la voz respaldado por el Ejército. Así, objetivamente, la política del PCF y la CGT en la crisis de mayo estuvo al servicio de la gran burguesía monopolista francesa.

Una vez más, y ahora en forma rotunda y categórica, se ha desenmascarado en toda su impotencia y claudicación la línea de “reformas estructurales”, “paz democrática”, “lucha

1968. El mayo de la revolución parlamentaria” y “tránsito pacífico”, expresión nacional de la línea de “coexistencia pacífica” del revisionismo internacional. En unas cuantas semanas el deslinde se ha profundizado mucho más que en los años de lucha ideológica y ahora tiene condiciones para cristalizar orgánicamente entre las masas.

En lo esencial, las disyuntivas han sido trazadas, las principales fuerzas en pugna han afinado sus objetivos y su línea táctica, y en el periodo que va del 27 al 30 de mayo se verán sometidas a una prueba de fuego: toda su fuerza y toda su debilidad se mostrarán en estos tres días decisivos.

CAPÍTULO IV
EL CLÍMAX, DÍAS DE COYUNTURA REVOLUCIONARIA
(DEL 27 AL 30 DE MAYO)

El gobierno vacila. ¡Hay que acabar con él, cueste lo que cueste! ¡Demorar la acción equivaldría a la muerte! ¡No se puede esperar! ¡Nos exponemos a perderlo todo!

V. I. Lenin, 6 de noviembre de 1917,
un día antes de la toma del poder por los soviets

El 27 de mayo es como pocos, un día decisivo para el movimiento francés. En su transcurso se decide si la crisis se quedará en el nivel de una gran huelga general o si, por el contrario, se pasará claramente a una situación de coyuntura revolucionaria. Todavía pocos días antes del 27, Cohn-Bendit hablaba en Alemania de una situación “prerrevolucionaria”; después del 27 todo parece indicar que la coyuntura revolucionaria ha madurado.

La huelga tiene totalmente paralizado al país, los trabajadores ocupan plantas nucleares, fábricas de armas, transportes, comunicaciones, etc. La política trazada por De Gaulle a su regreso de Rumania se enfrenta a una prueba decisiva, pues si bien ha logrado un gran éxito al canalizar los esfuerzos de la izquierda a la Asamblea Nacional y derrotar allí el voto de censura, están todavía pendientes las negociaciones que se iniciaron el 25 con las grandes centrales y, sobre todo, ha fra-

1968. El mayo de la revolución casado hasta ahora su intento de liquidar con la represión al sector más avanzado y combativo del movimiento.

La situación es crítica también para el proletariado avanzado y los estudiantes revolucionarios. La reanudación de la represión y sobre todo el repudio al movimiento por parte del PCF y la CGT, acompañados de las negociaciones, han comenzado a aislarlos. Las manifestaciones no pueden ser aún fácilmente aplastadas, pero tampoco son tan amplias y poderosas que hagan imposible la represión policiaca. El movimiento está en peligro de perder la calle y esto sería el principio del fin.

El día 25 la UNEF, al denunciar la represión policiaca, tiene también que reconocer que no es posible continuar realizando acciones ofensivas que conducen a la violencia, si continúa el proceso de aislamiento, si no se cuenta ya con el apoyo de la mayoría de la población. En este marco es decisiva la manifestación anunciada para el 27. De que pueda o no realizarse, de que su fuerza pueda impedir la represión policiaca, depende el futuro inmediato del movimiento.

En última instancia, toda la cuestión reside en quién logrará contar con el apoyo de la gran masa del proletariado medio. Es evidente que por sí mismo, el proletariado atrasado está con las centrales y pendiente de las negociaciones; es claro también que la pequeña burguesía, que al principio apoyó sin reservas al movimiento, empieza a tender cada día más a una perspectiva electoral o de plebiscito. El propio movimiento estudiantil se escinde y un sector tiende a centrarse en la consolidación de las reformas universitarias. El proletariado avanzado, organizado alrededor de los Comités de Acción y en contacto con los estudiantes revolucionarios, sigue firme

Armando Bartra
en la línea de acción en las calles, democracia directa, ocupación de fábricas, todo ello orientado no a la obtención de reformas sino al derrocamiento de De Gaulle. Si esta línea cuenta con el apoyo del proletariado medio, no sólo podrá mantenerse sino que puede lograr incluso arrastrar nuevamente al proletariado atrasado y a toda la masa estudiantil, ganando o neutralizando a la pequeña burguesía vacilante.

Todo esto se decide el 27, cuando las negociaciones llegan a un término satisfactorio para los dirigentes de las centrales y estos tienen que informar a la base. En última instancia, la manifestación citada por la UNEF para la tarde, depende también de esto.

El rechazo masivo a los acuerdos negociados y su significado

El día 27 a las 6 de la mañana Pompidou puede anunciar con satisfacción que, después de apenas 28 horas de negociaciones, se ha llegado a un acuerdo satisfactorio con los dirigentes de las centrales. En el curso de la mañana, los líderes sindicales recorren las fábricas informando de las concesiones: aumento de 10% a todos los salarios, más un aumento del salario mínimo de 2.22 a 3 francos la hora que afecta a 250 mil obreros; reducción de la semana de trabajo de 48 a 40 horas sin reducción de salarios; mejoramiento de las prestaciones sociales, bonificaciones a la familia, pensiones a la vejez, etcétera.

Prácticamente en todos los establecimientos fabriles y con una casi total unanimidad, las propuestas son rechazadas por la base. Los ferrocarrileros repudian los acuerdos, igualmente los rechazan en las fábricas de automóviles Renault y Citroen, en la planta para camiones Berliet, en la gran fabri-

1968. El mayo de la revolución ca textil Rhodiecete- Vase, en la Sud Aviación, en la fábrica de motores de avión Suecma, etc. La unanimidad es tal que en la Citroen, de 40 mil obreros hay un solo voto a favor de aceptar los acuerdos. Por otra parte, no sólo las negociaciones son repudiadas, sino que lo son también los negociadores: en las fábricas de la Renault, donde trabajan más de 100 mil obreros, Georges Seguy, de la CGT, es abucheado y recibido con gritos de desprecio y miles de obreros silban durante su discurso. Sólo algunos sectores atrasados, como los de las minas de carbón y algunas fábricas pequeñas y medianas, aceptan “en principio” los acuerdos a regañadientes.

El significado de este rechazo va más allá de una simple inconformidad con las concesiones económicas obtenidas, y debe ser interpretado como un rechazo masivo a la política de “parlamento” y “negociación” propuesta por De Gaulle y aceptada apresuradamente por el PCF, la izquierda y las centrales. El proletariado avanzado ha rechazado esta línea explícitamente y su participación en una serie de actos políticos, antes del 27 y sobre todo después, lo pone de manifiesto. Pero el proletariado medio, sometido durante años y años a un espíritu sindical que reduce todo a la lucha económica, dejando la política a los parlamentarios, sólo puede expresar su deseo de seguir adelante, más intuitivo que consciente, adoptando una actitud intransigente en el terreno de las concesiones económicas. Si no son capaces de pasar explícita y conscientemente a la huelga política y a la huelga general insurreccional, tampoco pueden admitir que el movimiento se resuelva como si fuera una simple huelga económica.

En las condiciones del sindicalismo francés, el rechazo general de los acuerdos del 27 significa un reto al gobierno de

De Gaulle y al propio régimen capitalista y un repudio político a la línea claudicante del PCF y la CGT.

Una de las manifestaciones más claras de este carácter contradictorio del movimiento obrero francés son las exigencias de participación obrera en la gestión de las empresas. Mientras que esta demanda, concebida al margen del problema del poder y dentro del sistema, corresponde a la imagen “neocapitalista” y es defendida por Mitterrand, Mendes-France y la CFDT, en los obreros jóvenes surge vinculada al socialismo como una voluntad instintiva de romper con el Estado existente y como una conciencia de la capacidad de sustituirlo. Sin embargo, marginados de la política, desarmados para plantearse en serio el derrocamiento del Estado y sin un partido político de clase capaz de organizar la insurrección, esta concepción de crear un Estado obrero desde abajo es, para el proletariado joven, una forma inconsecuente y, en última instancia, impotente, de expresar su fuerza y radicalidad. Que el control obrero, planteado espontáneamente por la base, es algo totalmente distinto a la autogestión como la concibe el PSU o la FGDS, se pone de manifiesto en que en la base radical se vincula a la consigna “elecciones, traición”, es decir, al repudio político del régimen, mientras que en la “izquierda” es perfectamente compatible con la participación en las elecciones y, consecuentemente, con la admisión del régimen político gran burgués.

Un mínimo análisis de los sectores más radicales en el rechazo de las reformas del 27 y, en general, desde el comienzo hasta el fin de la huelga, echa por tierra la tesis marcusiana —hoy bastante difundida— de que en los países europeos las “fuerzas de oposición” deben buscarse en los sectores más

1968. El mayo de la revolución miserables y en los estratos menos “privilegiados” del proletariado, así como en la “intelligentzia” de oposición. Es un hecho que han sido los sectores de la industria metalúrgica y automotriz, así como los ferrocarrileros, los primeros en lanzarse a la huelga, los más intransigentes y combativos en todo su desarrollo, y serán los últimos en abandonarla; es también en estos sectores —como, por ejemplo, en la fábrica de Sud Aviation— donde se encuentran los elementos más politizados. Estas ramas de la industria, y en particular la Renault, son de las más tecnificadas y, si consideramos el enorme desarrollo desigual de la industria francesa, podríamos llegar a la conclusión de que en ellas se agrupa el sector “privilegiado” de la clase obrera del país. Sin embargo, del hecho de que en estos sectores pueda desarrollarse una capa de elementos corruptos integrados al sistema y opuestos a su clase no puede desprenderse que todos los trabajadores de estas ramas industriales constituyen una “aristocracia obrera” integrada al sistema e incapaz de enfrentarse a él.

En Francia el proletariado avanzado se encuentra en los sectores más tecnificados de la economía, en la gran industria, y allí se localizan los obreros de vanguardia más politizados y conscientes (igual como en la Rusia zarista lo fueron los obreros metalúrgicos, de una industria mucho más tecnificada y mejor pagados que los demás). Por el contrario, las fábricas técnicamente atrasadas, que operan con mano de obra barata, agrupan en general al proletariado atrasado, fácilmente integrable al trabajo con unas cuantas concesiones e incapaz de ver su fuerza como clase.

Los acontecimientos de la mañana del 27 alteraron todo el panorama político y, una vez más, la desesperación se

Armando Bartra
apoderó de los dirigentes de las centrales y la izquierda tradicional. Al “premiado” Franchon de la CGT no se le ocurrió nada mejor que atribuirle a la CIA su fracaso declarando que: “Los servicios norteamericanos de contraespionaje jugaron su papel en el movimiento estudiantil de las últimas semanas... consiguieron que mucha gente se agite y halague el entusiasmo de los jóvenes como preparativo para frustrarnos en nuestra lucha”. Con este hilo de ideas podemos llegar a la conclusión de que es la CIA, y no los pueblos, la que hace la historia.

Por su parte, la CFDT se separó aún más de la CGT, principal responsable de los acuerdos, para acercarse a los estudiantes y a la UNEF; y lo mismo hizo el PSU de Mendes-France y la FGDS de Mitterrand, más débiles dentro del movimiento y, por tanto, con más posibilidades de “reacomodo” que el PCF y la CGT, obligados a mantener su fuerza “independiente” y no “contaminada”. Sin embargo, el PCF, desalentado desde su fracaso en la Asamblea Nacional, busca nuevamente traducir al lenguaje parlamentario su fracaso en las negociaciones y reanuda el acoso a Mitterrand. En esta línea, Rochet declara que “la situación exige medidas urgentes”. ¿Se tratará de apelar a las masas? ¿Se tratará de organizar la insurrección? No, es la misma envejecida cantaleta de antes del 23: “Un programa común y prever el relevo del poder degaullista mediante la constitución de un gobierno popular”, etc. Naturalmente, nunca se sabe lo que podrán hacer las masas: se trata de “prever” el relevo, no de organizarlo.

1968. El mayo de la revolución
El "Partido de los jóvenes" o la ausencia de vanguardia proletaria organizada

La expresión más auténtica del nuevo cauce que han tomado los acontecimientos es la gran manifestación citada por la UNEF el 26 para la tarde del día siguiente. En las principales ciudades del país se realizan manifestaciones obrero-estudiantiles y en París decenas de miles de personas recorren las calles nuevamente ante una policía impotente. Después de cuatro días de represiones, las masas desafían a Pompidou, quien el 25 había ilegalizado las manifestaciones y "ordenado a la policía despejar decididamente" el Barrio Latino. La manifestación culmina en un gran mitin en el Estadio Charlety con más de 35 mil personas.

Para muchos observadores, se ha constituido el "Partido de los jóvenes". Veamos realmente qué ha sucedido. La composición de la concentración es obrero-estudiantil y, en efecto, predominan en ella los jóvenes. Lo mejor de la clase obrera y el estudiantado se encuentra allí celebrando el triunfo de las posiciones revolucionarias del movimiento sobre la doble política de De Gaulle y sobre la línea claudicante del PCF y la CGT. Los "mueras" a De Gaulle y el repudio a la CGT y al PCF se alternan. Geismar, del Sindicato de Enseñanza Superior, declara que la "revolución está en marcha irreversiblemente... no se negocia con los patrones, se les combate... nuestra meta no es un cambio de gobierno, es hacer la revolución". La UNEF, que en días pasados manifestaba su temor a la violencia porque sectariza, se siente nuevamente respaldada por las masas y su dirigente Sauvageot declara que "aunque no queremos recurrir a la violencia, si se nos obliga la emplearemos".

Sin embargo, políticamente el movimiento no ha avanzado gran cosa, sigue careciendo de una vanguardia política

Armando Bartra
proletaria capaz de ofrecer una disyuntiva revolucionaria al poder burgués; la sustitución de De Gaulle se sigue concibiendo al modo tradicional como la emergencia de un gobierno constituido por la vieja izquierda. El ex- primer ministro de 61 años, Mendes- France, miembro del PSU y anticomunista, se encuentra en el estadio y, a pesar de todo, parece ser la mejor carta para el poder. Su partido prepara ya un manifiesto de “profundas” reformas estructurales; se habla de la nacionalización de los bancos, de la industria química, de los medios de producción y de la prensa. En última instancia, el PSU piensa en la posibilidad de una posición extrema de “capitalismo de Estado” admisible para la gran burguesía, frente a una revolución que De Gaulle no pudiera controlar. Este programa nunca se llega a publicar; Mendes- France, llevado a una situación extrema no se decide, y no podía ser de otro modo. Sólo la traición del PCF y la miseria política de un movimiento enormemente poderoso pero sin vanguardia puede conducir a una situación tal en que un partido burgués tradicional, tan débil y desprestigiado como el PSU, y un dirigente tan anacrónico como Mendes- France se presenten por un momento como la perspectiva política de poder, precisamente por su debilidad, indefinición y aparente falta de compromiso.

El “nuevo Estado emergente”

No sólo no se ha constituido un “Partido de los jóvenes” en el sentido de vanguardia política unificada, sino que el mitin de Charley y los acontecimientos de esos días muestran, más claramente que nunca, la ausencia de un partido proletario revolucionario y la emergencia de un nuevo Estado tipo comuna que busca desesperadamente el instrumento político del que

1968. El mayo de la revolución carece. La expresión máxima de esta situación son las asambleas de estudiantes y obreros realizadas la noche del 26, a las que se calcula que asistieron unas 8 mil personas. En ellas se acordó pasar de la ocupación de las fábricas a su apropiación colectiva abandonándose la lucha callejera violenta; la “huelga pasiva” pasará a ser “huelga activa” formándose en cada fábrica comités de obreros y estudiantes; los trabajadores se encargarán de la seguridad, el abastecimiento y el transporte de las ciudades, “para tranquilizar a las capas de la pequeña y media burguesía actualmente dudosas o inquietas por una violencia cuyo sentido no comprenden”.

Un nuevo Estado revolucionario está tratando de surgir y los Comités de Acción obreros, estudiantiles y obrero-estudiantiles parecen ser su forma de organización. Ya no se trata ahora solamente de desarrollar la agitación política y llamar a que se ocupen las fábricas, como fue la consigna a partir del 13 de mayo: existen fuerzas capaces de pasar de la paralización del sistema a echarlo a andar sobre nuevas bases.

Sin embargo, toda esta fuerza está basada en un profundo engaño. Parece posible sustituir al Estado burgués en el nivel de la administración de fábricas y servicios sin derrumbar el poder político de la gran burguesía monopolista, sin alterar el instrumento principal de su dictadura de clase que se expresa ante todo en el aparato burocrático-militar. Se habla incluso de abandonar la acción violenta en las calles cuando no se ha destruido la cúspide del Estado existente, y se piensa que es posible ganar a la pequeña y media burguesía mostrándole el “orden” proletario en el nivel de la administración de la sociedad mientras subsiste el “orden” burgués en el nivel de la dictadura política y mientras subsisten los instrumentos

Armando Bartra
de la violencia estatal burguesa. La cuestión política clave de la dictadura del proletariado está lamentablemente ausente en todos los planteamientos del movimiento.

Podríamos encontrar en todas estas ideas la expresión de una serie de deformaciones “doctrinarias” propias de las corrientes y grupúsculos que de una forma u otra influyen en el movimiento. Las declaraciones de Cohn-Bendit oponiéndose a la dictadura del proletariado o el anarquismo que no concibe la necesidad de un poder político de clase o el trotskismo que, malinterpretando la coexistencia de poderes en la Revolución de Octubre, centra todo en el “control obrero” de las fábricas, juegan indudablemente un importante papel en mantener estas limitaciones del movimiento. Sin embargo, es indudable que no constituyen su génesis. El origen de estas deficiencias está en la impotencia misma del movimiento, en la ausencia de una organización política de vanguardia capaz de ofrecer una disyuntiva de poder y no en la existencia de “vanguardias” doctrinariamente equivocadas.

En todo este proceso de la lucha de clases francesa la dirección surge de las necesidades mismas del movimiento con una conciencia difusa, desorganizada e inmedatista. Si no puede hablarse de absoluta espontaneidad, porque hay una dirección, tampoco puede hablarse de vanguardia proletaria científica, centralizada y con visión a largo plazo. Como dijo Cohn-Bendit, los bolcheviques están ausentes; no debemos creer que los grupúsculos trotskistas o anarquistas están jugando equivocadamente ese papel. Muchas posiciones doctrinarias son incluso barridas por el movimiento mismo y los hechos se imponen tirándolas al basurero de la historia, como sucede con el marcusanismo —muy extendido inicialmente—, que no tiene nada que decir

1968. El mayo de la revolución ante la participación masiva del proletariado industrial supuestamente “integrado” y ante los problemas concretos de estrategia y táctica de la lucha de clases.

La “izquierda” ante el vacío de poder

El día 28 de mayo Cohn-Bendit regresa a la Sorbona a pesar de la prohibición y renuncia A. Peyrefitte, ministro de Educación. El repudio a los acuerdos de las negociaciones se hace general. Electricistas y ferroviarios rompen las pláticas. Los agricultores de Aquitania, en el suroeste de Francia, anuncian una manifestación para el 30 que durará varios días, Pompidou después de una reunión con De Gaulle, concede una entrevista de prensa que no agrega nada nuevo a la política seguida hasta ahora por el gobierno. Nuevamente se prohíben las manifestaciones y los mítines, ya ilegalizados desde el 25. Se habla de la disposición al diálogo con los estudiantes a “condición de que condenen la violencia” y, sobre todo, por primera vez en forma oficial, se habla de las repercusiones económicas de la actual crisis: “Es urgente que el trabajo se reanude para evitar dificultades reales y profundas”. Se hace necesario recurrir a las reservas de oro y divisas para apuntalar la economía: “En este período de mengua en nuestro comercio exterior... será preciso que jefes de empresas y obreros hagan un esfuerzo acrecentado para aumentar la productividad y la expansión a fin de que nos mantengamos en la competencia internacional”. Finalmente, Pompidou ofrece una nueva perspectiva de negociaciones hábilmente orientada a dividir el compacto frente de la huelga general: “Es normal, que sean entabladas negociaciones urgentes en las distintas ramas industriales sobre problemas particulares de las mismas”. La CGT, que ha

Armando Bartra descubierto tarde que los acuerdos que un día antes aceptó eran notoriamente insuficientes, habla de la necesidad de “aumentar la presión”, pero esto no obstará para que al día siguiente se apresure a aceptar la perspectiva de negociaciones por ramas industriales e impulse con ello al movimiento a caer en la trampa gubernamental de la dispersión.

Los políticos de parlamento han descubierto de pronto un vacío de poder que Mendes-France se apresura a señalar alborozado: “En Francia desde el 13 de mayo no existe el Estado, sólo apariencia de poder” y naturalmente, ante tan alentadora situación, todos corren a acomodarse en el hueco. Mendes-France, que lo descubrió primero, es el que está mejor colocado, pues ha guardado un silencio oportuno y además asistió al mitin del 27; pero Mitterrand se apresura a meterle la zancadilla proponiéndolo para un gobierno provisional, como quien dice, para cuidar el hueco hasta que otro llegue a ocuparlo. Rochet es el peor colocado, pues en los últimos días ha tenido la ocurrencia de apoyar todo lo que fracasa y oponerse a todo lo que tiene éxito, y desde la retaguardia tiene que limitarse a suplicar que le hagan un lugarcito: “No es serio pretender ir hacia el socialismo sin los comunistas... no puede haber en Francia política de izquierda y progreso sin el consenso activo de los comunistas”, etc. Como algún periódico comentaba, en París las ratas comienzan a salir de las alcantarillas para alimentarse de los residuos que se acumulan como resultado de la huelga. Naturalmente, el periódico se refería a otras ratas.

El día 29 la crisis es total. Nuevamente obreros y estudiantes se lanzan a las calles. 250 mil hombres se despliegan a lo largo de 5 kilómetros, entre la Bastilla y la estación de Saint-

1968. El mayo de la revolución Lazare. La manifestación ha sido convocada esta vez por la CGT. Sin embargo, el enorme contingente movilizado no sólo es expresión de que la gran central que agrupa a un millón y medio de trabajadores es aún poderosa, sino que muestra más bien el triunfo de la línea contraria: la CGT logra movilizar esta gran masa humana al colocar en el centro la cuestión de la caída de De Gaulle y la denuncia de los arreglos tenidos por los líderes obreros; en otras palabras, la CGT logra organizar la manifestación en la medida en que ¡se denuncia a sí misma y a su línea!, en un esfuerzo supremo y desesperado por aprovechar la situación y consolidar la deteriorada posición del PCF ante la renuncia de De Gaulle, que se considera inevitable.

Toda la política de De Gaulle trazada a su regreso de Rumania y practicada hasta ahora se ha derrumbado. Para el 29 las declaraciones de Pompidou del día anterior sobre la prohibición de manifestaciones y el regreso pronto al trabajo parecen ridículas. El propio plebiscito, el recurso supremo de De Gaulle para arreglar las cosas “como las he arreglado siempre”, no puede realizarse y todo su absurdo se manifiesta en que las propias papeletas para la votación no pueden imprimirse porque los talleres están en huelga y las imprentas belgas a las que se ha intentado recurrir se oponen por solidaridad a hacer el trabajo. Cuando en la madrugada del 29 el gabinete recibe el aviso de que la reunión con De Gaulle ha sido cancelada y el general ha salido en avión a su casa de campo dejando su testamento político en una caja fuerte, nadie parece ya dudar: el régimen ha caído. Mitterrand y Mendes-France se reúnen a las 6:30 de la tarde para planear la toma del poder. Nadie, absolutamente nadie, parece prever otra perspectiva, nadie está preparado para hacer frente a otro curso de los

Armando Bartra
acontecimientos. ¡Qué profundamente ha penetrado el mito
del tránsito pacífico... la confianza de que “el viejo se irá” así,
simplemente!

CAPÍTULO V
LA CONTRAOFENSIVA DE DE GAULLE:
GUERRA CIVIL O SUMISIÓN

El ejército es el principal componente del poder estatal. Quienquiera que desee tomar el poder estatal y retenerlo, tiene que contar con un poderoso ejército... sólo mediante la fuerza del fusil la clase obrera y el resto de las masas trabajadoras pueden derrotar a la burguesía.

Mao Tse-tung

Después de todo, De Gaulle es un general

El miércoles 29 de mayo en la mañana, después de dejar un documento en la caja fuerte con órdenes de que a su llamado telefónico fuera abierto y leído a la nación, De Gaulle abandona París, pero no para dirigirse a su casa de campo a escribir su renuncia. El hombre de la gran burguesía francesa se dirige al helipuerto militar de Issy-les-Moulineaux y de allí tres helicópteros despegan en dirección a Mulhouse, Alsacia, donde lo esperan su yerno el general Alain de Bissieu y el general Louis Hublot, comandante de las tres divisiones estacionadas en Francia. Ambos le juran fidelidad y se declaran dispuestos a apoyarlo. De ahí se traslada a Baden Baden, en Alemania, donde están acantonadas las tropas francesas de ocupación, y se entrevista con 23 generales, entre ellos Beauvallet, gober-

1968. El mayo de la revolución nador militar de Metz, y Jacques Massu, comandante de los 70 mil hombres franceses acuartelados en Alemania y jefe de los paracaidistas que “pacificaron” Argelia. También allí De Gaulle obtiene la promesa de que contará con todo el apoyo necesario y la seguridad de que la armada estará preparada para intervenir con sus unidades de élite de tanques y paracaidistas. La posibilidad de que el Ejército haya puesto condiciones y se haya llegado a otros acuerdos no es remota si consideramos que los amigos de Massu, detenidos o expatriados a partir de la rebelión de los generales en Argelia, comienzan a regresar y a ser excarcelados en el transcurso del mes de junio.

La V República no se ha derrumbado y el general De Gaulle no ha renunciado. El gobierno francés y con él la gran burguesía, no han hecho más que recurrir al aparato militar, su instrumento de última instancia. La dictadura burguesa muestra ahora su verdadera faz. Muy atrás han quedado las maniobras en la Asamblea Nacional y las correlaciones de fuerzas entre centros, izquierdas, mayorías y minorías. El “gran” De Gaulle se desenmascara como un pequeño y grotesco dictador y se prepara para desarrollar su política por otros medios. El vacío de poder ha sido llenado con el Ejército.

El 30 de mayo a las 4:30 de la tarde “el viejo”, transfigurado en dictador, pronuncia un discurso amenazante:

Siendo el poseedor de la legitimidad nacional y republicana... tomé una resolución. En las circunstancias presentes, no me retiraré. Tengo un mandato del pueblo y cumpliré con él. No cambiaré al primer ministro... Hoy disuelvo la Asamblea Nacional... la situación actual impide materialmente que se haga (el referéndum). Por esto postergo la

fecha... si esta situación de fuerza se mantiene, yo debería, para mantener la República, tomar, conforme a la constitución, otras vías que el escrutinio inmediato del país. En todo caso, en todas partes, y enseguida es menester organizar la acción cívica. Esto debe hacerse para ayudar al gobierno primero, Y luego localmente a los prefectos... en su tarea que consiste en asegurar en lo posible la existencia de la población y en impedir la subversión en todas partes y en todo momento. Francia en efecto está amenazada por una dictadura., [sus] medios son la intimidación, la intoxicación y la tiranía ejercida por grupos organizados desde hace mucho tiempo en consecuencia y por un partido que es una empresa totalitaria.

Y bien: no, la República no abdicará.

Las tropas alrededor de la capital están en estado de alerta; se han suspendido los permisos y los soldados están acuartelados. La indecisión del movimiento y su confianza en la burguesía le han permitido a tomar otra vez la iniciativa después de tres días coyunturales en que habría sido posible pasar a la huelga insurreccional y armada en condiciones revolucionarias óptimas.

La extraordinaria eficacia que tendrá esta contraofensiva de De Gaulle reside, precisamente, en que sitúa la lucha en el terreno en que objetivamente está colocada y desprende sus decisiones políticas de una justa apreciación de las circunstancias. Como dictador amenazante, apoyado en el Ejército, no es más que la auténtica expresión de los intereses de clase que representa. La revolución ha empujado a la contrarrevolución a presentar su faz más despótica y violenta, y nadie debiera sorprenderse de ello. Ante el rechazo de

1968. El mayo de la revolución las reformas, ante el desprecio de las masas por la Asamblea Nacional y el referéndum, ante la impotencia de los medios represivos de primera instancia, coloca en segundo plano el forcejeo por reformas y pospone los procedimientos de democracia parlamentaria disolviendo la Asamblea y retrasando el referéndum. La gran burguesía se juega el todo por el todo y se plantea la línea a seguir en términos de poder, adquiriendo con ello una superioridad política que le permitirá, por el momento, vencer la resistencia de las masas.

La pequeña burguesía se disciplina

A las 6 de la tarde del mismo día se realiza una manifestación de apoyo en París, citada por los Comités de Defensa de la República. El hecho de que asistan aproximadamente 300 mil personas muestra que cuenta indudablemente con una base social que normalmente no se moviliza pero que es capaz de salir a la calle si se le ofrecen garantías y si se trata además de defender el “orden” de la sociedad existente y, por tanto, sus privilegios. Son, en buena medida, los “señores” y “señoras” de la burguesía, que dejan sus coches estacionados y recorren, por una vez siquiera, las calles de París a pie. Sin embargo, es indudable que se moviliza además un importantísimo sector de la pequeña burguesía y en hacer esto posible juega un importante papel la nueva política y su discurso de las 4:30 de la tarde.

Muchos pequeño-burgueses que apoyaron el movimiento estudiantil y estaban de parte de los obreros cuando estos tenían la iniciativa y la fuerza, muchos de los que hubieran admitido con alegría una “ordenada” y “pacífica” renuncia de De Gaulle, ante la amenaza de guerra civil y ante la política de fuerza de la gran burguesía, han cambiado de bando pa-

Armando Bartra
sándose del lado del que parece más fuerte y que por el momento se muestra más decidido.

La indecisión del movimiento, su incapacidad para hacer uso máximo de su fuerza en el momento oportuno, le ha hecho perder el apoyo de la pequeña burguesía, la cual, dando uno de sus clásicos bandazos, se está pasando del lado del “más fuerte”. La pequeña burguesía que antes se había visto arrastrada por el ascenso de la lucha revolucionaria de masas, votará ahora por De Gaulle.

El mismo gobierno que a las 4:30 de la tarde había amenazado con la guerra, a las 6 repartía volantes en que se llamaba a manifestar a favor de la “paz civil”, con una maniobra cínica pero efectiva para la gran masa de los indecisos. Nadie puede sorprenderse de que al día siguiente desfilen en Lyon 75 mil “degauillistas”.

La izquierda tradicional escoge la sumisión

La nueva posición de la gran burguesía francesa no sólo sorprende a las masas pequeño burguesas y las lleva a cambiar de bando, sino que inmoviliza y asusta aún más, si es posible, a la izquierda tradicional. Mitterrand declara: “La voz que acabamos de escuchar viene del fondo de nuestra historia... es la voz de la dictadura... la oposición y la izquierda responderán con sangre fría y resolución”. Sin embargo, no hay respuesta efectiva; en última instancia, es un llamado a la calma, a tomar las cosas con “sangre fría”. El PCP habla de que “De Gaulle responde con una verdadera declaración de guerra a los trabajadores en huelga, a los estudiantes, a los profesores en lucha por una universidad democrática, a todos estos millones de franceses que quieren un cambio de política”. En efecto. De

1968. El mayo de la revolución Gaulle ha “declarado la guerra”, una guerra que lo era ya de hecho, pero que ellos, los “comunistas”, no se habían atrevido a declarar y que ahora se apresuran a no aceptar; ya no se trata de “derrocar al régimen y al gobierno”, ahora no es más que un “cambio de política”, una “universidad democrática”, etc. ¡Sólo claudicación y más claudicación! Mendes-France, la cabeza del “nuevo gobierno”, el hombre avocado para ocupar el puesto y citar a nuevas elecciones, la principal figura de un partido que ya tenía hasta programa de gobierno..., se niega a formular comentario alguno.

La CGT, que un día antes organizaba manifestaciones contra De Gaulle evidentemente subversivas, ahora se apresura a declararse inofensiva, puramente “democrática” y “progresista”. El presidente de la República —dice— esgrime el arma del anticomunismo “para dividir a los demócratas” y “asimila a la subversión la acción de todas las organizaciones democráticas en la lucha por el progreso social”. La FO llama también a la calma, a “actuar con la máxima sangre fría y atenerse exclusivamente a las consignas de las organizaciones”, pues, naturalmente, para todos ellos el principal peligro es que a alguien se le ocurra aceptar el reto de De Gaulle. La CFDT es la encargada de formular con mayor claridad la respuesta unánime de la izquierda tradicional y las centrales sindicales: califica al discurso de De Gaulle de “chantaje inadmisibles” rechazando “el dilema que se propone: sumisión o guerra civil” y llamando a los trabajadores a “la acción sindical y a la huelga”.

En efecto, el verdadero dilema, la única disyuntiva es “sumisión o guerra civil”. La lucha de clases ha llegado a un extremo en que la única perspectiva hacia adelante para la

Armando Bartra
clase obrera y el pueblo es el derrocamiento del régimen mediante la guerra civil, cualquier otra cosa es un retroceso. No se trata de un chantaje, se trata de una realidad, y en reconocerla y aceptarla está la superioridad política de De Gaulle. En la situación de un enfrentamiento político decisivo la acción sindical es sumisión.

El otro aspecto de la sumisión exigida por De Gaulle es la democracia burguesa, los cauces institucionales; otra vez el parlamento y, naturalmente, el PCF se apresura a declarar, obediente, que acudirá a las urnas con su programa de “progreso social, de paz y de unión de las fuerzas democráticas”. Ante la disyuntiva extrema de la lucha de clases, ante el reto de De Gaulle, ante la guerra civil, las consignas son: sangre fría, lucha sindical y participación en la justa electoral. Entre las urnas y las barricadas, la decisión es evidente: las urnas.

La impotencia del pueblo desarmado

No podía esperarse otra cosa de la izquierda tradicional, que desde el comienzo había centrado toda su actividad en frenar el movimiento y orientarlo por los cauces de la legalidad y las negociaciones. Por lo menos para el PCF, el discurso de De Gaulle representa, incluso, una magnífica oportunidad para abandonar la ofensiva a la que lo había empujado el movimiento y para no tener que “tomar el poder”. Sin embargo, tampoco las organizaciones a través de las cuales se había expresado la posición más avanzada son capaces de dar una respuesta consecuente. La UNEF declara: “Más que nunca es necesario que todos los trabajadores manuales e intelectuales se unan... Renovamos con urgencia nuestro llamado para un encuentro común a fin de organizar rápidamente una enérgi-

1968. El mayo de la revolución ca respuesta contra el régimen”. En esas condiciones, en que cada hora se refuerza la burguesía, en que los ejércitos de De Gaulle toman posiciones en las afueras de París, no es momento de organizar encuentros para planear la respuesta. La única unidad posible reside en lanzar consignas de acción que permitan utilizar toda la fuerza potencial que aún tiene el movimiento. La única unidad posible está en la ofensiva y la única ofensiva viable es la guerra civil. Llamar, como el Sindicato Nacional de Enseñanza Superior, a reforzar la ocupación de la universidad y a recurrir —si es necesario— a la fuerza para conservar el poder es, en última instancia, una consigna defensiva. Sumisión o guerra civil. Todo lo demás son buenos deseos. Pero, ¿es posible organizar la guerra civil?

La disyuntiva que se abría ante el proletariado y el pueblo franceses desde el día 27 hasta el 31 no puede plantearse en términos del análisis de las posiciones de los organismos que de una forma u otra hablaron a nombre del movimiento. Una y otra vez hemos insistido en que el proletariado francés carecía de un partido revolucionario cuyas decisiones políticas resultaran determinantes en el curso de la lucha y fuera posible juzgarlas como tales. La cuestión no es, pues, si la UNEF, o los comités de acción obrero-estudiantil, o algún grupúsculo planteó o dejó de plantear la consigna adecuada. La pregunta es más bien si los obreros de vanguardia y los estudiantes revolucionarios —dirección dispersa e inorgánica— eran capaces de señalar la disyuntiva acertada y, sobre todo, si el proletariado avanzado era capaz de seguirlos en esa dirección y arrastrar tras de sí al proletariado medio contando con el respaldo de la mayoría de la población.

Que el proletariado es capaz de organizar la guerra civil aun sin un partido de vanguardia científico y marxista, lo

Armando Bartra demuestra la Comuna de París de 1871. La situación de mayo en Francia, en relación con el tiempo de la Comuna, reunía en algunos aspectos mejores condiciones para el asalto al poder. No era el París revolucionario rodeado de una provincia reaccionaria, no estaba tampoco el proletariado solo, aislado del campesinado titubeante y conservador; por el contrario, el movimiento se desarrollaba en todo el país y los campesinos estaban incorporados a la lucha. Por otra parte, a diferencia del siglo pasado, en nuestro tiempo el marxismo y la política proletaria científica han acumulado una enorme experiencia y tienen una gran difusión en todo el mundo. Sin embargo, una serie de factores negativos jugaron un importante papel y en última instancia resultaron determinantes. La Comuna de París y la gran lucha de mayo en Francia se distinguen por una cuestión fundamental: la Comuna de París era el pueblo en armas y los actuales luchadores de Francia nunca tuvieron los fusiles en la mano, y lo que es peor, nunca se plantearon masivamente la necesidad de tomarlos.

La Comuna de París demostró, entre otras cosas, que “el poder nace del fusil” y se sostiene con las armas en la mano. Sin ello, la cuestión del derrocamiento del Estado no puede plantearse seriamente. En Francia, el movimiento tenía en su poder fábricas de armas y era enormemente poderoso; pero no se trata solamente de las condiciones materiales ni mucho menos de prever el posible curso de una insurrección armada. El problema es que esa perspectiva ni siquiera se planteó. La clase obrera y el pueblo francés, e incluso el proletariado avanzado, no fueron nunca conscientes de lo que significaba derrocar a un régimen, una clase y un sistema. La necesidad de destruir el aparato burocrático-militar

1968. El mayo de la revolución del Estado no se planteó seriamente, ni siquiera por los sectores más avanzados. No sólo el proletariado francés no estaba preparado para pasar a la forma militar de la política, sino que estaba impregnado de prédicas sobre “coexistencia pacífica”, “tránsito pacífico”, “reformas estructurales”, “lucha electoral”, “política parlamentaria”, y todo ello unido a las formas de lucha tradicionales: “huelga económica”, “manifestación pacífica”, etc. El revisionismo había realizado una profunda labor de zapa, había minado durante decenas de años la conciencia del proletariado francés creándole una confianza tal en la burguesía que todo el movimiento se sorprendió cuando ésta se negó a caer por la simple “presión desde abajo” y recurrió al Ejército. El proletariado llegó demasiado lejos para poder replegarse organizadamente, pero tampoco fue capaz de seguir avanzando. Los últimos residuos de la cáscara revisionista no pudieron ser rotos a tiempo y la burguesía, que se había visto amenazada de muerte, comenzó a tomar venganza.

La contraofensiva de De Gaulle se consolida

El 31 de mayo tanques y carros blindados del Ejército maniobran en los suburbios de París mientras la policía disuelve el piquete de huelga que guardaba la entrada de las oficinas centrales de Comunicaciones. La resistencia de los huelguistas es pasiva y con ello el gobierno ha confirmado que el movimiento puede ser obligado a retroceder. En las próximas semanas no pasará día sin que se ocupe por la fuerza una fábrica, un local, una escuela. El día 1º de junio se llama a las reservas de la gendarmería, según se declara, para mantener en operación las instalaciones necesarias en caso de continuar la huelga. En el interior del país se realizan más manifestaciones degaullistas.

En este marco, los cambios en el gobierno anunciados el 31 son una expresión más de la nueva política. Los cuadros esenciales del degaullismo se mantienen con pocos cambios: los ministros Debré y Couve de Murville intercambian sus puestos, quedando el primero en Relaciones y el segundo en Economía; Fuerzas Armadas, Agricultura, Transportes, etc., se mantienen. En lo esencial, se observa la línea de no ceder. No obstante, en beneficio de los que están dispuestos a apoyar a De Gaulle pero mendigan aún algunas reformas, se incorpora a políticos “progresistas” como Albin Chalandon, ministro de Industria e Yvon Morandat, exsindicalista que fue designado a la Secretaría de Estado para el Empleo. La nueva unidad del degaullismo llega a tal punto que Capitant, el “izquierdista” del “deber como parlamentario de luchar por la caída del gobierno”, es nombrado ahora Ministro de Justicia.

El PCF, apenas a un día del discurso, se esfuerza por ignorar la movilización militar y los primeros pasos en el camino de romper la huelga lanzándose a fondo en el terreno conocido de la campaña electoral: “Creemos que el poder degaullista... debe ser derrotado... en las próximas elecciones nacionales y el Partido Comunista participará en ellas con sus candidatos y sus programas...”

La UNEF declara el 31 que “en momentos en que el poder degaullista intenta romper la huelga mediante la amenaza y la fuerza hay que continuar la lucha”, y cita a una manifestación para el día 1° a la que asisten 20 mil personas, esencialmente estudiantes y obreros. La consigna fundamental en toda la marcha es “elecciones, traición”, y se denuncia en ella a la izquierda y a la CGT, plegadas nuevamente a los cauces del régimen. Se trata de “mostrar que la lucha continúa” hasta alcanzar

1968. El mayo de la revolución el objetivo final: “el poder para los trabajadores”. Sin embargo, es solamente el sector más avanzado el que se moviliza. Hacen falta más de 20 mil personas para organizar una respuesta seria a la ofensiva de De Gaulle y esta respuesta no puede adoptar la forma de manifestación pacífica. La manifestación del día 1° y los actos posteriores demuestran que se ha consolidado un sector revolucionario masivo, dispuesto a seguir adelante y ser pilar fundamental de luchas posteriores, pero pone de manifiesto también que socialmente el movimiento está en retroceso. La manifestación no es reprimida, pues la contraofensiva apenas comienza y podría desatarse nuevamente la lucha. Pero no pasarán muchos días sin que estas formas de acción comiencen a ser aplastadas sistemáticamente.

El sábado 2 de junio la policía reabre las estaciones de ferrocarriles de Estrasburgo y Mulhouse, pero el domingo son recuperadas por los obreros. De todas maneras, el forcejeo se inclina del lado de De Gaulle. El día 4, la policía ocupa los locales de la radiodifusión de Burdeos, Libourne y Mulhouse, y un grupo de estudiantes derechistas intenta ocupar la Universidad de Lyon. Las negociaciones separadas por rama industrial, como las había propuesto Pompidou con el respaldo de la CGT, siguen resquebrajando el gran frente y, si bien el día 4 se mantienen en huelga 9 millones de trabajadores, en algunas pequeñas industrias comienza el regreso al trabajo. Mientras tanto, en la Renault rechazan un aumento salarial del 12.5%, existe un proyecto del 12 al 20% en gas y electricidad, y están rotas las pláticas en la industria metalúrgica y en la mecánica.

Entre el 5 y el 6 de junio se reanuda casi totalmente el trabajo en los servicios de transporte: ferrocarriles, subterrá-

Armando Bartra
neo y camiones. Después de cinco días de ofensiva gradual, el gobierno se atreve a intentar romper la huelga en la fábrica Renault de Flins, proletariado avanzado de la gran industria y uno de los baluartes del movimiento. De inmediato, con este motivo las movilizaciones obreras y estudiantiles se extienden hasta París y 5 mil hombres se enfrentan a una manifestación degaullista de veteranos de guerra. Mientras todo esto sucede, el PCF declara que “se están consiguiendo importantes resultados”.

El neofascismo, alternativa gran burguesa ante la crisis

La gran burguesía francesa comienza a hacer cuentas de los “costos” de la lucha de clases. El día 4 el Ministro de Finanzas informa que durante la huelga las reservas monetarias del país sufrieron una pérdida de 306.6 millones de dólares, quedando reducidas a 5 720 millones 500 mil dólares al 31 de mayo. El mismo día el Fondo Monetario Internacional informa que Francia giró sobre la institución el equivalente de 745 millones de dólares sobre el fondo de la cuota de oro de ese país en el FMI. Dos días antes los medios financieros ingleses habían mostrado inquietud, pues es evidente que una crisis prolongada de su gran competidor dentro del Mercomún no sólo no los beneficia sino que puede causar graves dificultades en su propia economía. Si la posición del franco se debilita, toda la crisis monetaria mundial se verá agudizada, la libra esterlina nuevamente estará amenazada, lo cual a su vez es un mal síntoma para la solidez del dólar.

En este panorama y ya relativamente consolidado en el poder, De Gaulle se siente obligado a señalar el rumbo por el que piensa encauzar a Francia. El día 7 de junio se presenta a

1968. El mayo de la revolución una entrevista de prensa televisada en la que, entre otras cosas, declara que el comunismo es “una dictadura implacable y perpetua”; el capitalismo “no ofrece solución satisfactoria; la propiedad, la dirección, el beneficio de las empresas no pertenecen más que al capital, los que no poseen se encuentran en un estado de alienación”... hay una tercera solución, la “participación”. Se trata de que capital y trabajo “formen conjuntamente una sociedad en la que todos tengan interés en su rendimiento y en su buen funcionamiento, un interés directo; ello implica que a cada cual le sea atribuida por la ley una parte de lo que el negocio gana”.

Es importante destacar que mientras De Gaulle hace profesión de fe “neocapitalista” en su concepción más demagógica como tercera solución no capitalista, como sociedad de “participación”, el Ejército rodea aún París, la policía está rompiendo la huelga y faltan pocos días para que se declaren fuera de la ley una serie de organizaciones revolucionarias. Aquí el “paternalismo de Estado”, el “neocapitalismo”, se expresa en su esencia como dictadura de corte fascista del gran capital financiero por medio de un capitalismo de Estado poderoso y autoritario. La prédica demagógica anticapitalista va unida a la propaganda anticomunista más vulgar y a un nacionalismo que se apoya en la pequeña burguesía aterrorizada. Tampoco faltan los intentos gubernamentales de tratar directamente con el movimiento obrero y de controlarlo, pasando por encima de su organización sindical ya de por sí sumisa. Es difícil encontrar una situación más parecida a la que describen Stalin y Dimitrov analizando los golpes fascistas en Europa durante la primera mitad del siglo.

La huelga tardará aún más de 17 días en terminar totalmente, pero el proceso es ya irreversible: el 8 de junio se mantiene aún casi totalmente en las industrias metalúrgicas y automotriz, es decir, entre el proletariado industrial del sector más tecnificado; para el 11 hay aún un millón de hombres parados; el 13 queda sólo medio millón, entre obreros de la Renault, Berliet, Peugeot y Citroen; el 17 regresan al trabajo 150 mil obreros, fundamentalmente de la Renault, camiones, metalúrgicos y astilleros, y se sostienen aún los de Citroen, Peugeot y Berliet; para el 18 quedan de 100 mil a 200 mil parados; el 24, con el regreso al trabajo de los 50 mil obreros de la Citroen, la huelga puede considerarse terminada. En los sectores que han permanecido hasta el final ha durado 42 días. En todo este proceso la represión degaullista se ha profundizado y extendido de manera gradual y sistemática.

CAPÍTULO VI
LAS ÚLTIMAS BARRICADAS: ¡ELECCIONES, TRAICIÓN!
(DEL 10 AL 30 DE JUNIO)

Todas las condiciones y todas las circunstancias de la lucha parlamentaria y de las elecciones reducen la fuerza de las clases oprimidas en relación con las que pueden desplegar en la guerra civil.. Es oportuno recordar que una cosa es votar y otra luchar.

V. I. Lenin

El combate final

Con motivo de la ocupación policiaca de la fábrica Renault de Flins, el sector más avanzado de los obreros y estudiantes intenta una nueva ofensiva cuyas primeras batallas se libran alrededor de la fábrica, para trasladarse después a París. El 10 de junio, en un choque con la policía, un estudiante muere ahogado en el Sena y el 11 un obrero es asesinado de un tiro cuando se lucha por impedir la ocupación policiaca de la Peugeot de Souchax. Al mismo tiempo, en los alrededores de Flins, 200 estudiantes son detenidos. En este contexto se desarrollan los combates de París del 10, 11 y 12 de junio.

El día 10, si bien los jóvenes combatientes del Barrio Latino son mucho menos numerosos que los del mes pasado, se enfrentan a la policía con una preparación mucho ma-

1968. El mayo de la revolución
yor. Los cascos, los garrotes y las cadenas de bicicleta no son
ya la excepción sino la regla. Por otra parte, la concepción de
las barricadas parece ser totalmente distinta a la de hace un
mes: mientras el 10 y el 11 de mayo eran defensivas y de poca
importancia estratégica, pues se construían alrededor de los
contingentes revolucionarios y como un medio de protección
frente a los ataques policíacos, la construcción de las barri-
cadas del 10 de junio tiende a aislar a las fuerzas policíacas
en la Plaza del Panteón cerrando las calles que conducen a
este sitio. En este caso la concepción es plenamente ofensiva
y mucho más eficaz que la inicial. Los combates se prolongan
hasta el 11 de junio en la mañana y los luchadores aumentan
a cuatro mil replegándose a la Sorbona, donde son sitiados
por una policía particularmente violenta. En el curso del día
una manifestación de aproximadamente 10 mil personas, ci-
tada por la UNEF intenta llegar al centro de París enfrentán-
dose con la policía. Nuevamente se incendian automóviles y se
construyen barricadas. Por la noche la Sorbona es asaltada por
la policía y después de prolongados combates se establece un
estado de sitio en los edificios de la universidad.

El 12 de junio las manifestaciones y la lucha se extien-
den a todo el país. Tres mil estudiantes se lanzan a la calle
en Marsella gritando “De Gaulle asesino”, “alto a la represión”,
“apoyo a los obreros”. En Tolosa desfilan mil 500, y grupos
de 200 a 300 personas se movilizan en Burdeos y en Caen. En
Estrasburgo la policía trata de tomar por asalto la universidad
pero es rechazada por los estudiantes. Sólo en París, el saldo
de la lucha del día 11 es de más de mil 500 detenidos, alre-
dedor de 350 heridos —de ellos 72 policías—, 6 comisarías
policiales arrasadas, 10 vehículos de la policía destrozados

Armando Bartra
o quemados, 75 vehículos particulares destruidos. En Saint
Nazaire resultan heridos 106 policías y 50 estudiantes.

¡Estamos asistiendo al fin de otra dramática fase de la lucha de clases en Francia! Estos combates no son más que una última, desesperada y heroica resistencia. El movimiento popular está en franco reflujo y el gobierno se siente ya con fuerzas para aplastar cualquier intento de reanudar la lucha. El 12 de junio, por primera vez, decenas de camiones militares ocupan el Barrio Latino. La policía comienza a circular armada con ametralladoras y, el mismo día 12, son declarados fuera de la ley siete organismos estudiantiles: Juventudes Comunistas Revolucionarias, Unión de Juventudes Comunistas Marxista-Leninistas, Movimiento 22 de Marzo, Voz Obrera, Grupo Revuelta, Comité de Enlace de los Estudiantes Revolucionarios y Federación de Estudiantes Revolucionarios, considerados todos por la burguesía como “ejércitos privados y grupos de choque”.

En la ilegalización de estos grupos juegan un importante papel el PCF y la CGT no sólo por su vergonzosa sumisión al régimen y sus consignas desmovilizadoras sino también por cuanto han denunciado una y otra vez a los grupos revolucionarios casi con los mismos términos que ahora emplea De Gaulle. Así, el 8 de junio, mientras la policía ocupaba la Renault en Flins y detenía a estudiantes, la CGT chillaba contra los revolucionarios diciendo que se trataba de una “provocación de grupos extraños a la clase obrera” y el PCF hablaba de que “los comandos de Geismar militarmente organizados han pasado el nivel de la provocación contra los obreros”. Es difícil que De Gaulle pueda encontrar mejores colaboradores que estos buitres.

El 13 de junio otras cuatro organizaciones políticas son ilegalizadas: Partido Comunista Internacionalista, Juventud Revolucionaria, Organización Comunista Internacionalista (de orientación trotskista) y el pro-chino Partido Comunista Marxista-Leninista de Francia. El 14 se allanan los locales de tres de las organizaciones disueltas y se desaloja con la policía el Teatro Odeón, ocupado por los estudiantes. El 16 la Sorbona es asaltada por la policía y desalojada, desatándose después una encarnizada lucha con cinco mil estudiantes que finalmente tienen que ceder. El 18, 161 extranjeros reciben órdenes de abandonar Francia. Para el día 30 de junio la violencia reaccionaria se expresa ya sin tapujos: en Archicourt es asesinado de un balazo en el corazón un joven de 18 años de la izquierda no comunista por los ocupantes de un camión del partido degaullista: en París 600 personas que quemaban propaganda y carteles electorales al grito de “elecciones, traición” son disueltas a balazos y 4 estudiantes caen heridos.

Mientras las cárceles y los hospitales se llenan de revolucionarios, mientras toda la izquierda auténtica es legalizada, mientras la Sorbona y el Odeón son ocupados por fuerzas policíacas, y cientos de extranjeros que habían apoyado la lucha son expulsados del país, los miembros de la OAS (Organización del Ejército Secreto), exiliados y condenados a muerte o cadena perpetua, salen de las cárceles o regresan al país exculpados por el gobierno. Los acuerdos del 29 de mayo en Baden-Baden son cumplidos al pie de la letra por De Gaulle. El nuevo fascismo está en el poder y los viejos militantes fascistas recobran la libertad. Desde el 8 de junio, en que Bidault, expresidente del Consejo Francés, vinculado a la OAS y en exilio voluntario desde 1962, regresa al país, se suceden

Armando Bartra
las “reivindicaciones” de viejos golpistas ultrarreaccionarios. El 13 regresa Lucheroy, condenado a muerte por la sublevación de Argel, el 15 es liberado Salan, que purgaba una pena de cadena perpetua y, con él, son excarcelados el excoronel Argoud y una decena más de militares “antidegaullistas”.

Con el reflujó del movimiento, las organizaciones que, operando como amplios frentes políticos, se habían mantenido como expresión de la base a falta de una forma superior de organización, comienzan a entrar en crisis. El día 11 la UNEF y el grupo “22 de Marzo”, organizadores de las manifestaciones, son denunciados como “blandos” por las corrientes más radicales. Un contingente importante de estudiantes de la Unión de Jóvenes Comunistas Marxista- Leninistas y de otros grupos se desprende del núcleo inicial y se une a una manifestación de choferes de taxi que apedreaban los locales del periódico reaccionario *France Soir*. La UNEF sólo ha durado un mes; antes del 10 y 11 de mayo se encontraba en crisis y después del 11 de junio entra en crisis nuevamente. Como sindicato estudiantil no tiene ya sentido y sólo puede intentar sobrevivir transformándose en una organización política, aunque para ello carece de unidad dinámica propia. Las organizaciones de transición válidas en el curso del movimiento tendrán que dejar lugar a las nuevas vanguardias políticas.

La “campana electoral del miedo”

Mientras la represión fascista se impone en el país, la izquierda de la “sangre fría”, la “lucha sindical” y la “participación electoral” firma los últimos acuerdos económicos, cierra los ojos a la represión y, sobre todo, se centra en la campana electoral. Mientras los estudiantes hacen un último esfuerzo por

1968. El mayo de la revolución detener el régimen de terror y destruyen once vehículos policíacos y seis comisarías, la CGT se limita a un paro de una hora por el asesinato del obrero de la Peugeot y denuncia como provocación todo intento de reanudar la huelga general. El día 10, en plenos combates callejeros, en las alturas de la política parlamentaria se inicia la campaña electoral.

Si De Gaulle había jugado su última carta imponiéndose a un poderoso movimiento en las calles, ¿cuál no sería su superioridad política ante una “izquierda” pusilánime en las urnas? La amenaza de guerra civil, tan eficaz con la pequeña burguesía y el proletariado atrasado frente a la incapacidad de los revolucionarios para aceptar el reto, es también su principal arma electoral. Las calles de París están empapeladas con carteles que muestran banderas rojinegras y un texto simple: “Nunca más”. Los discursos electorales del degaullismo se orientan sistemáticamente a señalar el peligro de guerra civil y la amenaza del “comunismo totalitario”. El 13 de junio Pompidou acusa al PCF de que “se aprovechó de los disturbios estudiantiles para detener la actividad económica, paralizar la vida del país y buscar finalmente, abiertamente, la toma del poder”. El 17 el degaullista Pierre Billotte llega más lejos con la amenaza y afirma que un triunfo comunista precipitaría “una intervención colectiva de los aliados occidentales para mantener a Francia en su campo”. Toda esta política tendiente a justificar un “gobierno fuerte” y de “mano dura” se complementa con la más amplia unidad con la extrema derecha facilitada por la rehabilitación de los militares fascistas de la OAS. La gran lucha de mayo es, para usos electorales, la carta fuerte de De Gaulle, fundada en el miedo. Los mismos combates que pudieron derrocar a De Gaulle por la vía revolucionaria lo consolidan en el poder por la vía electoral.

El PCF y la FCDS se encuentran acorralados entre su inveterado cretinismo parlamentario y las grandes jornadas de mayo. La lucha revolucionaria de las masas y la intransigencia reaccionaria de De Gaulle han asestado un golpe demoledor a la política electoral de la izquierda tradicional. Su oportunismo llega a los últimos extremos: la principal preocupación del PCF es borrar la imagen “revolucionaria” que pudiera haber creado su participación involuntaria en los sucesos de mayo. No sólo repudia las luchas de estudiantes y obreros frente a la represión de junio y apoya la ilegalización de los grupos revolucionarios, sino que incluso Rochet se siente obligado, en respuesta a la “acusación” de Pompidou de haber buscado la toma del poder, a ofrecer torpes disculpas en el sentido de que los “comunistas” pregonaron siempre la disciplina entre los huelguistas y evitaron sistemáticamente que se formaran grupos “ultraizquierdistas”, etc. ¡Del oportunismo a la claudicación, de la claudicación a la traición y de la traición a la ignominia: ésta es la trayectoria histórica de todos los revisionistas!

La votación

Los resultados de las elecciones, tanto en la primera vuelta el 24 de junio, como en la segunda el 30, reflejan la magnitud de la catástrofe política de la vieja e impotente izquierda francesa. La situación final es la siguiente: de las 487 bancas de la Asamblea Nacional 350 son degaullistas, incluyendo 51 de sus aliados republicanos independientes; el PCF obtiene 34 bancas, menos de la mitad de las 73 que ocupaba en la asamblea saliente, y la FGDS sólo 57 frente a sus 121 anteriores. En cuanto a los votos, el degaullismo obtuvo 6 millones 762 mil 170, la FGDS 3 millones 97 mil 338 y el PCF 2 millones 935 mil

1968. El mayo de la revolución 775, con lo que, aun considerando los votos de otras fuerzas de izquierda, el partido de De Gaulle obtuvo más votos que todos ellos juntos.

Es evidente que la votación electoral no expresa, ni mucho menos, el panorama real de las fuerzas políticas en el país. En primer lugar, el terreno mismo de la lucha se sitúa en el campo de la burguesía, pues en la actual coyuntura francesa participar en las elecciones era ya respaldar el orden burgués. En segundo lugar, todas las disyuntivas que se le presentaban al votante eran de un modo u otro perspectivas burguesas. Consecuentemente, es natural que el resultado de la farsa ratificara el respaldo a la gran burguesía que de hecho ya se daba con el simple acto de participar. Por otra parte, mientras que en los momentos de lucha revolucionaria es decisiva la acción firme de los sectores avanzados de las masas y tras ellos es arrastrada la mayoría de la población, en condiciones de “justa” electoral estas mismas masas pueden ser conducidas nuevamente al rejuego artificial de las “papeletas”. Finalmente, amplios sectores del proletariado avanzado y del estudiantado revolucionario son catalogados por la legislación electoral como menores de edad e incluso no pudieron registrarse 250 mil jóvenes que cumplieron 21 años entre la última revisión del padrón electoral y estas elecciones.

Si algún rasgo revolucionario tuvieron las elecciones, éste se expresó en el siguiente hecho: casi uno de cada cuatro ciudadanos franceses no votó, pues el abstencionismo llegó al 23% y se produjeron casi medio millón de votos en blanco. Es evidente que este alto grado de abstencionismo no tiene, en condiciones de crisis nacional, la misma “calidad” que el que normalmente se produce en condiciones de paz como expre-

Armando Bartra

sión de simple indiferencia política; el actual abstencionismo y los votos en blanco, por el contrario, representan en buena medida un repudio al régimen, una consecuencia del último grito de combate en las calles de París: ¡elecciones, traición!

En estas condiciones, la superioridad electoral del degaullismo no debe, pues, sorprender, tanto más si consideramos que la pequeña burguesía sufrió todo el impacto de una campaña de terror y amenaza políticos que en la campaña electoral la inclinó definitivamente al lado del “orden”. Más interesante es intentar un somero análisis de la votación del PCF y la izquierda, que perdieron más de la mitad de sus bancas en la Asamblea Nacional.

Ante todo, la enorme sangría de votos que sufrieron el PCF y la FGDS se explica por la misma composición del electorado que los apoya. El PCF se sustenta en una base social pequeño burguesa y proletaria; en particular, cuenta con el voto del proletariado atrasado y de amplios sectores del proletario medio. Podemos suponer que la gran mayoría de su electorado obrero se mantuvo fiel, pues quedó claro que sólo era capaz de romper con el PCF en condiciones de lucha, siempre y cuando el proletariado avanzado le ofreciera una perspectiva revolucionaria. Por costumbre o simplemente para consolidar sus intereses económicos este sector del electorado votó por el PCF. No sucedió lo mismo con el sector pequeño burgués que votaba por los “comunistas”.

El carácter extremadamente rebajado del programa electoral del PCF le había permitido agenciarse una base social pequeño burguesa que veía en el partido una garantía de “honestidad y buena administración”. En particular, en los municipios era frecuente que se votara comunista para las autoridades

1968. El mayo de la revolución locales y se apoyara al partido de De Gaulle para el gobierno central. En otras palabras, el oportunismo del PCF le había permitido contar con una base electoral que lo apoyaba porque veía en él un pilar “eficiente” y “honrado” del orden existente. Este electorado conservador, nacionalista y amante del orden, abandonó en masa al PCF en la medida en que éste se vio comprometido, contra su voluntad, en una revolución y, sobre todo, en la medida en que De Gaulle puso de manifiesto que ese camino conducía a la guerra civil y amenazó con ella. Cuando el 1º de julio un estudiante comentaba que “hasta los comunistas han votado en favor de De Gaulle” no faltaba a la verdad.

Este rotundo fracaso de la “izquierda” en las elecciones, que según el PCF tendrían que acabar con el régimen de De Gaulle, es una muestra más de la impotencia de la “vía electoral” y el “tránsito pacífico”; desenmascara nuevamente ante el proletario francés el fracaso de la línea oportunista del PCF y ante el mundo el verdadero papel reaccionario que juega el revisionismo internacional en la lucha de clases de cada país.

Toda la estulticia política del PCF se pone de manifiesto en las declaraciones de Waldeck Rochet y de *L'Humanité* el 24 de junio, después de la primera ronda. El primero acusa a “los grupos ultra-izquierdistas” de haber hecho “un favor inmenso al gaullismo al permitirle utilizar el miedo”, y en el segundo se lee: “Después de la extorsión del miedo a la que colaboraron algunos izquierdistas, el Partido Comunista sigue siendo la principal fuerza opositora”. No sólo se pretende hacer creer que los grupos revolucionarios fueron los culpables de la represión sino que incluso se pretende atribuir a ellos el fracaso electoral del PCF. La desvergonzada distorsión de la realidad llega a tal extremo en las declaraciones del PCF, que después de un mes

Armando Bartra
de represión ininterrumpida, detenciones, asesinatos y campaña anticomunista, Rochet ve el único síntoma de fascismo en los resultados de la campaña electoral: “El hecho de que el partido degaullista va a monopolizar todos los poderes significa un paso hacia la fascistización del régimen”.

CAPÍTULO VII

EL FUTURO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Luchar, fracasar, volver a luchar, fracasar de nuevo, volver otra vez a luchar, y así hasta la victoria: ésta es la lógica del pueblo.

Mao Tse-tung

Con el fracaso electoral de la “izquierda”, el regreso al trabajo en las últimas grandes fábricas, el asalto policiaco a la Sorbona y la ilegalización de once organizaciones de izquierda revolucionaria, se cierra todo un periodo de máxima intensidad de la lucha de clases en Francia. En apenas dos meses, la correlación de fuerzas y el panorama económico y político se ha transformado mucho más radicalmente que en decenas de años de paz. Sobre todo la conciencia del proletariado y el pueblo franceses ha sufrido transformaciones profundas e irreversibles. Después de mayo nada volverá a ser igual en la lucha de clases de ese país.

Cualquier previsión corre el peligro de resultar superada o rectificadada por los hechos aun antes de ser publicada, pues una de las características de la actual situación es su extrema y acelerada movilidad. Sin embargo, pueden ser trazadas algunas líneas generales del desarrollo futuro del movimiento.

En primer lugar, el proletariado francés ha adquirido conciencia de su propia fuerza no sólo para paralizar el sistema y ocasionarle a la burguesía daños económicos de los que no se resarcirá en años, sino para golpear seriamente el poder político en el que se sustenta la clase opresora. El proletariado avanzado, por su parte, ha adquirido una conciencia política invaluable y el problema de derrocar al Estado y barrer con el sistema por medios revolucionarios es ya una cuestión a la orden del día para amplios sectores obreros. El estudiantado, por su cuenta, ha pasado masivamente del simple planteamiento de la unidad obrero-estudiantil, a la materialización práctica de esta alianza, y su sector más avanzado ha comenzado a vincularse en serio a los obreros de vanguardia. Los grupos políticos revolucionarios se han vinculado a las masas y han adquirido una experiencia revolucionaria que los coloca en una situación cualitativamente distinta a la del pasado. Ya no puede hablarse más de simples grupúsculos de sectas desvinculadas del movimiento. Su participación en la lucha ha creado condiciones objetivas para que las corrientes más avanzadas se nieguen en una instancia superior y se cree un verdadero partido proletario fincado en el socialismo obrero. En síntesis, el proletariado como clase ha dado masivamente un enorme paso adelante y su sector más avanzado, con su vinculación a las corrientes y grupos políticos verdaderamente revolucionarios, ha encontrado una perspectiva política que sólo puede conducir a corto o a largo plazo a la constitución de un partido obrero realmente revolucionario.

En hacer posible todo lo anterior ha jugado un enorme papel la quiebra de la izquierda tradicional y las centrales, consistente no sólo en que los sectores avanzados las hayan

Armando Bartra
abandonado totalmente sino, fundamentalmente, en que aun la gran masa que sigue dentro de ellas ha comenzado a romper con su política y ha demostrado ser capaz de optar en un momento dado por la disyuntiva revolucionaria.

Las formas orgánicas en que este salto adelante puede cristalizar no son aún previsibles. Sin embargo, hay ciertos caminos que están ya cerrados. La UNEF o el Sindicato de la Enseñanza Superior fueron formas en las que se expresó la dirección política del movimiento sólo en la medida en que éste era inmaduro y disperso; tienen, por tanto, un carácter totalmente transitorio aun cuando mantengan su validez en un nivel sindical. Los Comités de Acción obreros, estudiantiles y obrero-estudiantiles, por el contrario, fueron evidentemente la forma superior de la organización de las masas que alcanzó el movimiento y cuentan con serias perspectivas de sobrevivir a él; pero en última instancia son formas estatales tipo *soviet*, cuya perspectiva política depende de la formación de una vanguardia científica y centralizada, vanguardia que no llegó a cristalizar en el movimiento pasado.

En estas condiciones es perfectamente válido prever que el siguiente flujo de las masas conducirá a un auge muy superior al pasado, no sólo en lo que se refiere a la cuestión de la vanguardia política sino también en lo que hace a la conciencia masiva del proletariado y el pueblo franceses. Las posibilidades de mediatización del PCF, la CGT y la vieja izquierda están enormemente reducidas, de la misma manera que las condiciones para que el gobierno de la gran burguesía amedrente al movimiento con la simple amenaza de la guerra civil. El auge de mayo ha jugado en Francia el papel de “ensayo general” de la insurrección revolucionaria que se avecina. De

1968. El mayo de la revolución la experiencia que se sepa extraer de él depende el éxito de la revolución en Francia.

Es también posible prever que la próxima oleada del proletariado y el pueblo franceses no está muy lejana; pues están dadas ya todas las condiciones económicas y políticas. Desde el punto de vista económico, la crisis de mayo significó para el capitalismo francés un rudo golpe del que le es muy difícil recuperarse. Para el 4 de junio, el monto de lo que Francia ha tenido que retirar de sus reservas de oro, con la venta del metal o con préstamos del FMI, ascendía a mil 322 millones de dólares y sigue aumentando. Esto, que debilita considerablemente al franco y puede conducir a su devaluación, da al traste casi automáticamente con la política monetaria seguida hasta ahora por De Gaulle. Otro factor fundamental es el déficit presupuestario de 1968, calculado en 5 mil millones antes de la crisis y elevado después de ella a 15 mil millones de francos, con lo que se multiplican las ya de por sí graves dificultades de inversión. Sin embargo, la cuestión que ya está haciendo crisis y que tiende a profundizarse aceleradamente es el desequilibrio de la balanza comercial. Al respecto ha coincidido la retracción de la industria francesa producto de la huelga con el compromiso establecido por el Mercomún de levantar todas las barreras arancelarias a partir del 1° de julio. En esta situación, el saldo rojo en la balanza comercial que ya tenía Francia aumenta aceleradamente, y los créditos baratos y las subvenciones a los exportadores, además de que no son más que un paliativo, han despertado ya —el 4 de junio— protestas y amenazas de contramedidas por parte de los EU.

En este marco hay que considerar las “concesiones” económicas obtenidas por los trabajadores franceses gracias

a la huelga. Lo primero que destaca es su función agudizadora de la crisis económica, por cuanto abultarán aún más el déficit presupuestario (el aumento a los trabajadores de las empresas nacionalizadas costará 10 mil millones de francos al año) y aumentarán los costos de las manufacturas más allá de lo competitivo en el Mercomún agravando el desequilibrio de la balanza de pagos. El alza de salarios, por otra parte, ha provocado ya, aun antes de hacerse efectiva, un aumento de precios del pan, la leche, los taxis, los periódicos, etc., y esto tiende a profundizarse conforme se agudice la inflación, ya incontrolable. Además, el gobierno ha anunciado ya un fuerte aumento de impuestos tendientes a compensar el déficit presupuestario. También los aumentos de salarios, el encarecimiento de los créditos, la desaparición de aranceles y la huelga misma han conducido y conducirán a la quiebra a muchas pequeñas y medianas empresas. Estos tres factores: aumento de precios, aumento de impuestos y desocupación, unidos a otros, crean una situación tal que tiende a nulificar de hecho y a corto plazo las mejoras obtenidas y a hacer más difícil aún la vida obrera. A todo esto hay que agregar que en muchas empresas los aumentos de salarios acordados no se hacen efectivos, como es el caso de las fábricas Peugeot de Sochaux.

A esta situación de crisis económica hay que agregar el clima de represión política que vive Francia desde el 30 de mayo. Las medidas represivas de corte fascista y el anticomunismo no sólo no tienden a desaparecer sino que se profundizan, condicionadas además por la incapacidad de mediatizar al movimiento con mejoras económicas que la crisis hace inefectivas. En este marco, es claro que todos los posibles detonadores que hacen estallar la lucha de clases están dis-

1968. El mayo de la revolución puestos y en cualquier momento puede saltar la chispa que incendiará nuevamente la pradera. Baste señalar que el 4 de julio los trabajadores de la Peugeot de Sochaux se declararon nuevamente en huelga porque los acuerdos no se cumplen, y que el mismo día se iniciaron paros de los distribuidores de gasolina que el sindicato amenaza en transformar en huelga general indefinida; por otra parte, la lucha estudiantil en las calles se mantiene latente pese a la represión y el día 1° de julio se levantaron nuevamente barricadas en el Barrio Latino.

La llama de la revolución francesa no se ha apagado. Los últimos acontecimientos no han hecho más que acumular leña junto a las brasas. No pasará mucho tiempo sin que se encienda una más alta e incontrolable hoguera revolucionaria que, sin lugar a dudas, sabrá ser atizada por una nueva vanguardia aleccionada en las barricadas del gran ensayo general de mayo.

México, D. F., 4 de julio de 1968.

Armando Bartra.

Director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Autor de los libros: *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria* (2003); *Guerrero bronco: campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande* (2000); *Crónicas del sur: utopías campesinas en Guerrero* (2000); *El México bárbaro: plantaciones y monterías del sureste durante el porfiriato* (1996).

**Descarga todos los libros que hemos editado en
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de
noviembre de 2012.

El tiraje fue de 2,000 ejemplares para su distribución gratuita
y es cortesía de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad AC.